



UN SAFARI PARA CAZARME



KEITH LUGER

—Eh, Duke, tengo hambre —dijo Lou Bates.

—Pronto comeremos.

—Lo mismo dijiste ayer... ¿Te das cuenta, Duke? Casi han pasado veinticuatro horas. Tengo la sensación de que en mi estómago está tejiendo una araña.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Dentro de nada iremos al «Stork Club».

—¿Es ese club de millonarios?

—Sí, el mismo.



Keith Luger

Un safari para cazarme

Bolsilibros - Servicio Secreto - 896

ePub r1.0

Lds 20.12.17

Título original: *Un safari para cazarme*

Keith Luger, 1967

Cubierta: Desilo

Keith Luger, 1967

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Eh, Duke, tengo hambre —dijo Lou Bates.

—Pronto comeremos.

—Lo mismo dijiste ayer... ¿Te das cuenta, Duke? Casi han pasado veinticuatro horas. Tengo la sensación de que en mi estómago está tejiendo una araña.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Dentro de nada iremos al «Stork Club».

—¿Es ese club de millonarios?

—Sí, el mismo.

—Duke, no quiero ir al «Stork Club»... Me conformo con la cantina de Joe. Sí, Duke, yo soy muy modesto, y me contento con un par de tostadas con mantequilla y un café con leche. Sólo eso, Duke.

—Tú mereces algo mejor, Lou. Por ejemplo, un buen trozo de solomillo como un palmo de alto, en su jugo, poco hecho...

—No sigas, Duke.

—Y una gran ración de patatas, con algunas alcachofas, y un vino francés del año 39, que fue una buena cosecha.

—¿Por qué me pones los dientes largos, Duke? Nunca podré clavar el diente a un solomillo como ese...

—Olvidas algo importante, Lou.

—¿Qué cosa?

—Que Patrick Furness nos debe cien machacantes, y que ahora mismo nos va a liquidar esa deuda.

—¡Dios mío! —exclamó Lou—. ¿Sólo confías en él para ir al «Stork Club»?

—Sí, muchacho.

—Patrick Furness no paga lo que debe ni aunque le retuerzan el

pescuezo.

—Haremos una prueba.

Duke Martin, de facciones simpáticas, ojos vivaces, uno ochenta de estatura, ochenta kilos de músculos y hueso, saltó del vagón de mercancías en que, junto con su amigo Lou Bates, había hecho un viaje de trescientas millas.

Lou era tan alto como Duke, pero mucho menos ágil, porque debía pesar cerca de los cien kilos. Poseía un cuello de búfalo, cada uno de sus brazos era semejante a un martillo pilón, y hasta podía hacer el trabajo de éste.

El cielo de Nueva York estaba gris y se podía esperar que, de un momento a otro, empezase a nevar.

Lou Bates daba diente con diente, pero no así Duke Martin, que se mostraba enérgico mientras andaba.

—Todo nos salió mal, Duke.

—No digas eso. Salió bien lo de Lincolnville.

Lou agrandó los ojos mirando a su compañero.

—¿Dices que salió bien? ¡Por todos los santos del cielo, Duke, llegamos a Lincolnville con doce dólares y salimos sin un centavo!

—Recuerda que fuimos allí a cumplir un deber.

—Oh, sí, enterrar a un amigo.

—Frank Cook me pidió que estuviésemos presentes en su entierro.

—Pero resultó que Frank Cook había engañado a demasiada gente, y que, cuando el jefe de policía se enteró de que nosotros éramos sus amigos, nos encerró en la cárcel...

—Pero al fin se aclaró el malentendido. Nosotros no tuvimos nada que ver con el plan de Frank Cook de vender a los ciudadanos de Lincolnville el Museo del Louvre...

—Fue un buen plan, ¿no te parece, Duke? Pobre Frank. Cuando descubrieron la superchería, le dio un ataque al corazón. ¿Sabes lo que te digo? Que Frank estaba demasiado viejo para hacer eso. Sólo hay un hombre capaz de vender el Museo del Louvre. Tú, Duke.

Duke Martin tosió suavemente.

—No tanto, Lou; no tanto. Sólo me atrevería a vender la Venus de Milo.

—¿Es la que no tiene brazos?

—Sí.

—No creo que te hubiesen dado por ella más de veinte pavos.

—Probablemente le hubiese puesto lo que le faltaba, y así habríamos hecho el negocio completo.

Los dos amigos subieron por una estrecha escalera de un edificio construido antes de la Primera Guerra Mundial.

Arriba se encontraron en un corredor con varias puertas, donde tenían su cubil dos sucios dentistas, tres picapleitos de baja estofa, un vendedor clandestino de postales y películas francesas, y un llamado Agente de Asuntos Varios. Éste era Patrick Furness, el deudor de Duke Martin.

Los dos amigos se quedaron de una pieza, al ver delante de una máquina de escribir a una jovencita de buen aspecto. Era rubia, de unos diecisiete o dieciocho años, con unos hermosos ojos verdes.

Se estaba limando las uñas.

—Eh, Duke, nos equivocamos —dijo Lou.

—¿Tú crees?

—Patrick no puede tener una secretaria como ésta. Cuando la ha tenido, siempre ha sido una vieja desdentada, y hasta ellas se le van porque tampoco les paga.

La jovencita rubia había interrumpido su limado de uñas y miraba a los recién llegados con los ojos parpadeantes.

—Si buscan a mi jefe tendrán que esperar... Está ventilando un asunto de muchos millones con el presidente de la General Motors.

Lou se quedó con la boca abierta, pero Duke dijo:

—Oye, cariño, ese truco se lo enseñé yo a Patrick.

—Pues no tiene de qué envanecerse —dijo la muchacha—. Ya le dije al señor Furness que nadie lo creería.

—¿Cómo te llamas, nena?

—Sandra Ritter, y no soy ninguna nena.

—Oh, sí, ya se ve que dejaste el biberón.

—¡Ya sé quién es usted!

—¿De veras?

—Duke Martin, alias «El tramposo».

—Conque Patrick te dijo eso, ¿eh?

—Sí, y también me puso en guardia respecto a su amigo «El búfalo».

Lou levantó el puño.

—Oye, nena..., quise decir Sandra, con estos nudillos voy a

romper las dos paletas delanteras de la boca de tu jefe...

—Ja —dijo la muchacha.

—¿Es que no lo crees?

—Lo veo muy difícil porque ya se las rompieron.

Lou había echado a andar hacia la puerta que comunicaba con el despacho de Patrick Furness, pero se detuvo a medio camino.

—¿Qué es lo que dices, muchacha?

—El señor Furness está en el hospital General de San Vicente. Tiene tres costillas fracturadas, un ojo a la funerals y diversas contusiones en el cráneo y en otras partes del cuerpo.

—¿Le atropelló un camión?

—No.

—Un turismo, ¿eh?

—Fueron dos hombres. Atraparon al señor Furness en un callejón y empezaron a zurrarle como si fuese una manta, de ésas a las que les quitan el polvo.

—Pues debieron dejarle limpio.

—A decir verdad, señor Bates, lo dejaron para estar dos meses en el hospital.

Duke se sentó en el borde de la mesita donde Sandra, tenía la máquina.

—¿Cuándo fue eso, Sandra?

—Hace tres días.

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

—Desde hace tres días.

—Entiendo, te contrató para que ocupases su lugar...

—Eso es, pero no hacía falta que me hubiese contratado porque desde entonces no ha venido nadie, excepto acreedores.

Al oír aquello, Lou soltó un gemido.

—Nosotros también somos acreedores.

—Pues lo siento por ustedes. Llegan tarde. El señor Furness sólo me dejó veinte dólares, y ya los gasté pagando a unos y a otros. A decir verdad, entre ayer y hoy vinieron cuatro personas y se tuvieron que marchar sin cobrar un centavo.

Lou se pasó una mano por el estómago.

—¡La araña sigue trabajando, Duke...!

—¿Úlcera, señor Bates? —inquirió Sandra.

—Hambre —le contestó Martin.

—¡Duke! —exclamó Lou—. Si continúo sin comer, tendré úlcera y algo más. Mírenos, señorita, somos dos tipos que podríamos estar nadando en oro, pero nos persigue la mala suerte.

Lou hubiese querido aclarar que a Duke Martin lo perseguían las mujeres, y que ése era el motivo por el cual se encontraban siempre sin un centavo. Pero acababa de descubrir un envoltorio en un bolso abierto sobre una silla, y apostó a que el envoltorio era un sándwich.

—No te quejes, Lou —dijo Duke—. Ahí donde lo ves, Sandra, ha sido cliente de los mejores restaurantes de Nueva York...

—Eso ocurrió hace un millón de años —contestó Lou—. Ahora estoy a punto de morir... Ya no puedo más, Sandra. Te lo aseguro.

La joven dio un suspiro, atrapó el bolso y sacó el envoltorio.

—¿Quiere? —dijo.

Aún no había terminado de hacer la pregunta y ya Lou le había arrancado el bocadillo.

La joven lanzó un chillido.

—¡Eh!, la mano. La necesito.

Lou, con los ojos desorbitados, estaba quitando el papel del sándwich.

—Cuidado, Lou —dijo Duke—. Si te lo tragas de un solo bocado, te puede ocurrir como a las serpientes pitón.

—¿Qué les pasa a las serpientes pitón?

—Que se ahogan cuando le llegan a la boca los cuernos del bisonte.

—Esto no es un bisonte. Es jamón —exclamó Lou y pegó un gran mordisco.

Sandra contempló al grandullón embelesada.

Duke le tocó el hombro.

—Sandra, no es un espectáculo muy agradable ver comer a las fieras del zoológico.

—A mí me gusta.

—Pero yo quiero preguntarte sobre esa paliza que le pegaron a Patrick Furness. ¿Por qué fue?

—Los dos matones preguntaban al señor Furness por el paradero de su primo Jackson Poe.

—¿Jackson Poe? Nunca supe que Patrick Furness tuviese un primo llamado Jackson Poe.

—Es marinero y está embarcado.

—¿Qué querían de Jackson Poe esos dos hombres?

—No se lo dijeron al señor Furness. Sólo querían sacarle dónde estaba, pero el señor Furness no podía informarles porque no sabe nada de su primo Jackson desde hace cinco años. Imagínese, el pobre señor Furness recibiendo... Uno de ellos tenía un garrote y el otro unos nudillos de acero.

Duke se pasó una mano por la cara pensando en el mal rato que Patrick Furness habría pasado en el callejón. El agente de Asuntos Varios era un avaro, un tipo que lloraba a lágrima viva cada vez que tenía que soltar un dólar, pero Duke no podía olvidar que, a pesar de todo, Patrick Furness les había dado muchas veces de comer... a cambio del trabajo de diez hombres.

—Vamos, Lou.

El grandullón había terminado el bocadillo y ahora despachaba las migas de pan que había cuidado de recoger en el cuenco de la otra mano.

—¿A dónde quieres ir, Duke?

—Al hospital, a ver a Patrick.

Una luz de sospecha apareció en los ojos de Lou Bates.

—Ya has oído que Patrick no está muerto... Duke, ¿qué es lo que te propones?

—Sólo quiero visitar a un amigo enfermo.

La sospecha siguió trazando dibujos raros en el rostro de Lou. Ahora sus cejas se fruncieron.

—¿Qué es lo que tramas?

—Deja de hacer preguntas y larguémonos de una vez... A propósito, Sandra, ¿no tendrías cinco dólares?

—¿Por quién me han tomado? Esto no es un hospicio.

—¿Cuatro?

—Ni siquiera sé cuándo voy a cobrar del señor Furness. Tal como están las cosas, creo que antes seré abuela.

—¿Tres?

—Si yo fuese una mujer inteligente, me habría marchado en seguida de aquí.

—¿Dos?

Sandra abrió el bolso y sacó un billete de cinco dólares.

—Aquí tienes, Duke, y por favor, que críen. Yo sólo tengo para

comer mañana.

—Mañana comeremos todos en el «Stork Club». ¿Verdad, Lou?
Lou se apresuró a dar sendas cabezadas, pero dijo en voz baja:

—Me conformo con la cantina de Joe.

CAPÍTULO II

Los dos amigos abandonaron la oficina, cogieron un taxi, y poco después llegaron al hospital de San Vicente.

En la recepción, les informaron que Patrick Furness se encontraba en la habitación 352. Fueron a ésta.

Duke abrió la puerta y se coló seguido de Lou.

Pero los dos se dispusieron a volverse al descubrir en la cama a un paciente lleno de vendas, con una pierna sostenida por pesas. Sólo se le veían los ojos.

—¡Eh!, Duke, nos equivocamos —dijo Lou—. Patrick tiene la cabeza como una calabaza, y la de este tipo es afechinada.

—Pero no olvides que lo molieron a golpes.

El enfermo abrió una raja y por ella escupió unas palabras que sonaron como un lamento.

—Por favor, muchachos. Olvídense de mí.

Lou lanzó una carcajada.

—¡Es el mismísimo Patrick, aunque bastante deteriorado!

Duke rió también mientras se dirigía hacia la cama.

—Te vemos muy bien, Patrick.

Lou, sin dejar de reír, se acercó al paciente, y levantó una mano como si fuese a golpearle en la pierna.

Furness lanzó un chillido.

—¡No me toques, Lou...! ¡No me toques!

—Demonios, Patrick —dijo Duke—. Ahora tienes la oportunidad de ganar dinero.

—¿Cómo? —preguntó rápidamente Furness.

—Ofreciéndote como momia a un museo.

Lou rió tanto que las lágrimas se asomaron a sus ojos y se tambaleó, cayendo sentado en una silla.

—Podéis reiros todo lo que queráis, muchachos, pero no me sacaréis un dólar.

Lou se puso serio instantáneamente.

Duke carraspeó:

—Patrick, estamos en la buena. Quiero decir que nos sobra el dinero... Hicimos un negocio redondo en Chicago. Algo verdaderamente serio. Sólo vinimos a pasar unos días en Nueva York. Regresaremos dentro de poco a Michigan porque nuestros asuntos no nos permiten demasiadas vacaciones. Fuimos a tu oficina sólo por el gusto de saludarte, y allí, esa chica, tu secretaria Sandra, nos puso al corriente del mal rato que pasaste. De modo que le dije a Lou: «¿Por qué no vamos a visitar a nuestro amigo Patrick, que está postrado en el lecho del dolor?». ¿No es verdad, Lou?

—Desde luego, pero también me dijiste que, de paso, pediríamos a Patrick Furness lo que nos debe.

—¿Quién piensa en eso, Lou? Cien dólares es una insignificancia comparado con lo que guardamos en la cartera. —Duke golpeó en el lugar de la chaqueta donde guardaba la cartera, vacía de dinero.

Lou hizo una mueca, como si fuese a echarse a llorar.

Duke prosiguió:

—Hemos de marcharnos, Patrick. Nuestro tiempo es limitado...

—Gracias por haber venido —dijo Furness, con un hilillo de voz.

—Lou y yo esperamos que te recuperes pronto, y, sobre todo, que esos dos fulanos que te atraparon en el callejón no vuelvan a molerte a palos.

Furness dio un chillido.

—¡No los nombres, Duke!

—Sólo lo decía porque imagino que, si ellos no encuentran pronto a tu primo Jackson Poe, quizá decidan hacerte otra visita.

—¡No!

—Claro que, contamos con una policía eficiente. Ya conoces al teniente Hunter y a Timothy Flagg, de la brigada de Homicidios.

—¿Por qué Homicidios? —chilló Furness.

—Sólo pretendo levantar tu ánimo.

Duke hizo una señal a Lou para que fuese hacia la puerta.

—Que te quiten pronto el vendaje —dijo Lou—. Y sobre todo, que esa cabeza de pepino se convierta otra vez en la de calabaza.

Duke soltó una risita.

—Patrick, ya sabes que Lou y yo somos tipos muy sinceros. Por eso yo te digo: si la Brigada de Homicidios falla, aquí nos tienes a nosotros para capturar al culpable.

Duke se encaminó a la puerta.

—¡Duke, espera...! ¡No os vayáis, por lo que más quierais!

—¿Qué te pasa, Patrick?

—Esos hombres volverán.

—Oh, no.

—¡Volverán, Duke...! ¡Me lo dijeron!

—¿Qué fue lo que te dijeron?

—Que si no atrapan a mi primo Jackson Poe verá otra vez sus caras..., sus puños..., el garrote y los nudillos de acero...

—Vamos, vamos, Patrick. No seas pusilánime.

—¡No soy pusilánime...! ¡Es mi vida la que está en juego!

—Te protegerá la policía.

—¡Y un cuerno me va a proteger...! Pusieron un agente en el corredor. ¿Lo visteis vosotros? Os dejó entrar y eso quiere decir que no está en el corredor.

—Probablemente se fue a beber un trago en alguna parte.

—Ahí lo tienes, Duke. Seré presa fácil de esos miserables en cuanto se propongan dejarse caer por aquí. Por eso quiero contrataros para que me protejáis.

Lou iba a dar una respuesta afirmativa muy rápida, pero Duke le pisó el pie y lo dejó de nuevo con la boca abierta.

—Lo siento, Patrick —dijo Martin—. Pero ya te he dicho que estamos metidos en un buen negocio y tenemos muy poco tiempo libre.

—¡Os pagaré cinco dólares diarios...!

—No hay nada que hacer.

—A cada uno.

—Por ese precio podrás conseguir a un par de tipos, aunque no sean muy inteligentes. Ya sabes, algún boxeador sonado, con un poco de retraso mental.

—¡No quiero esa clase de gente...! Está bien. Serán diez dólares para cada uno.

—La respuesta es no, Patrick.

—Maldita sea, no me sacaréis ni un centavo más.

—Lo haríamos por veinticinco dólares.

—¡Muérete, Duke!

—El que se va a morir eres tú, por lo que veo. Además, no me dejaste terminar... Veinticinco dólares por cabeza te aseguran una investigación.

—¿Qué investigación?

—El paradero de tu primo Jackson Poe.

—No me interesa donde está mi primo Jackson Poe, Sólo quiero que me libréis de esos tipos.

—Yo veo así las cosas, Patrick. Ellos quieren encontrar a Jackson Poe, y, mientras no le echan mano, tú estarás en peligro. Pero si yo encuentro a Jackson Poe, estarás en condiciones de volver a dormir sin temor al garrote y a los nudillos de acero.

Patrick guardó silencio durante un buen rato.

—Lo que dices es lógico, Duke.

—Gracias. Sabía que llegaríamos a un acuerdo.

—¡Pero cincuenta dólares es demasiado!

—Ten en cuenta que hemos de abandonar nuestro negocio, ¿verdad, Lou?

—Oh, sí, claro que sí. Dejamos nuestros mataderos solos con las reses.

Duke pisó de nuevo el pie de Lou, y éste lanzó un chillido.

Luego, Duke se dirigió hacia la cama del paciente.

—¿Qué vas a hacer, Duke? —preguntó Furness.

—Cobramos cinco días de adelanto.

—No tengo dinero aquí.

—Conque no, ¿eh? —dijo Duke y metiendo la mano bajo la almohada, sacó una cartera.

—¡Deja eso! —exclamó Patrick Furness.

—Patrick, es costumbre cobrar un adelanto.

Duke ya había abierto la cartera donde había unos trescientos dólares. Apartó cuatro billetes de a cincuenta.

—¡Me dejas sin un centavo! —gritó Furness—. ¡Esto es un robo!

—Acabas de pagar cuatro días de tranquilidad.

—¡Maldita sea, otra vez me has vuelto a atrapar, Duke!

—Un momento... Nosotros sólo lo hacemos por ti. Sí, Patrick, estamos dispuestos a jugarnos la piel para impedir que esos dos hombres vuelvan a poner sus manos sobre tu cuerpo tullido. Y

ahora, vayamos al asunto... ¿Dónde está Jackson Poe?

—¡Pero si no lo sé!

—¿Cuándo recibiste la última noticia suya?

—Me escribió hace dos meses desde Hong Kong.

—¿Qué te decía en la carta?

—Que haría su último viaje hasta San Francisco, y que una vez allí, vendría a Nueva York, donde se instalaría.

—¿Qué más?

—Que había hecho un buen negocio y que estaba dispuesto a comprar una mansión en la Quinta Avenida.

—¿Qué negocio?

—No lo decía.

—Continúa con la carta.

—Eso es todo.

—¿Sólo te escribió para decirte eso?

—Bueno, agregaba algo más.

—¿Qué cosa?

—Me mandaba recuerdos de

Chow-Chow.

Lou exclamó:

—Demonios, se casó con una china.

—¿Dónde está esa carta, Patrick? —preguntó Duke.

—La rompí.

—¿Les contaste eso a los dos fulanos?

—Claro que se lo conté. ¿Qué tenía de malo que sí lo dijese? Pero ellos me siguieron golpeando porque insistían en que yo tenía que saber dónde estaba mi primo. Madre mía, creí que me mataban...

—¿En qué barco estaba enrolado Jackson?

—No lo sé. Pero recuerdo el nombre del naviero que contrató a Jackson, hace tres años, la última vez que lo vi Su nombre es Thomas Whitman. Tiene sus oficinas en le calle Sesenta y Tres.

—Quédate aquí, Lou —dijo Duke.

—¿A dónde vas tú?

—A la calle Sesenta y Tres.

Lou señaló el bolsillo donde Martin había guardado el dinero.

—Eh, Duke, ¿por qué no me das unos dólares y salgo un momento para comer?

—Cuando vuelva. No podemos dejar a Patrick solo Ya sabes, ahora trabajamos para él como guardaespaldas.

Antes de que Lou hiciese otra protesta, Duke Martin salió de la habitación.

CAPÍTULO III

Duke se acercó a una mesa tras la que había una pelirroja.

Ésta podía tener veinticuatro o veinticinco años y poseía un rostro de mejillas ligeramente hundidas, lo cual le proporcionaba un hociquito saliente, de labios rojos, sensuales. Era muy mona y parecía muy eficiente.

—Hola —dijo Duke.

Ella enarcó las cejas, mirándolo con unos ojos azules.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—No me atrevo a decirlo porque soy muy dado a sonrojarme.

—Un gracioso, ¿eh? —repuso ella.

—Vengo a hablar con el señor Whitman.

—Llega demasiado tarde.

—¿Ya se fue a casa?

—Ya se murió.

—No me diga. ¿Y cuándo ocurrió eso?

—Hace exactamente cuatro semanas.

—Pobre señor Whitman.

—¿Era su amigo? Nunca lo vi por aquí.

—Thomas y yo estudiamos juntos.

—Me extraña.

—¿Por qué le extraña?

—Porque el señor Whitman murió a los ochenta y tres años.

—¡Oh!

—Ahora siga la flecha hacia el corredor y de allí continúe a la calle —la joven señaló la puerta con el brazo extendido.

—Empezaremos de nuevo —repuso Duke, dando un suspiro.

—Nada de eso, señor...

—Duke Martin, y le advierto que soy hijo de los navieros de

Boston.

—¿Qué navieros?

—Se supone que los Martin.

—No conozco a ningunos navieros en Boston que se llamen Martin.

—Se ve que es nueva en el negocio.

—Sí, por fin acertó algo. Sólo llevo seis meses.

—Empezamos a entendernos... Dígame ahora, ¿quién ocupa el lugar del señor Whitman?

—El lugar de Thomas Whitman está ocupado por Samuel Whitman.

—Su hijo, ¿eh?, y no me diga que tampoco acerté.

—Señor Martin, el señor Whitman está muy ocupado. Si necesita algo de él, escríble una carta o llámele por teléfono.

—Tengo que hablar con él ahora. Se trata de un asunto muy grave.

—El señor Whitman no le recibirá. Me ordenó que despachase a todos los visitantes, y remachó bien que no haría excepciones —la joven sonrió—. ¿Satisfecho, señor Martin?

—Ni pizca. Oiga, volviendo a la muerte del señor Whitman padre, ignoraba que le hubiese llegado la última hora porque yo estaba muy lejos de Nueva York.

—Imagino que, donde quiera que estuviese, llegan los diarios, señor Martin. Se dio mucha publicidad al accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—De automóvil.

—¿Iba solo?

—No. Le acompañaba su chofer.

—¿Y qué pasó con su chofer?

—También murió.

En aquel momento se abrió una puerta del fondo, en la que estaba escrito el nombre de Samuel Whitman.

Duke vio a un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, robusto, de piel bronceada. Usaba gafas y sujetaba con su diestra una cartera de documentos.

—Terry, me voy a casa —dijo.

—Sí, señor Whitman.

—Es posible que llame el señor Crane. Dígale que lo espero a

cenar.

—Desde luego, señor Whitman.

Samuel Whitman dio la impresión de que todavía no había reparado en Duke.

—Señor Whitman, soy Duke Martin y quiero hacerle unas preguntas.

—Lo siento, pero no hago declaraciones a la Prensa.

—No soy periodista. Mis preguntas están relacionadas con un hombre llamado Jackson Poe.

Whitman miró con más atención a Duke.

—¿Quién es Jackson Poe?

—Un marinero que contrataron ustedes hace tres años.

Samuel Whitman sonrió con sarcasmo.

—Oiga, señor Martin. Mi compañía contrata centenares de marineros cada año. Unos van y otros vienen. Lo siento, pero todavía no he adquirido memoria para aprender todos los nombres.

Whitman fue a retirarse hacia la puerta, pero Duke le siguió interrumpiendo el paso.

—Señor Whitman, quizá Terry me pueda ayudar.

—Lo siento, señor Martin, pero no podemos dar información acerca de nuestros empleados.

—¿Por qué?

—Es una norma general.

—¿Y si le dijese que soy de la policía?

—¿Es usted de la policía?

—No.

—Sus bromas no me gustan nada, señor Martin.

—¿Y si le dijese que necesito conocer la dirección de Jackson Poe, porque tengo que ventilar un negocio con él?

—Basta, señor Martin. No puedo perder mi tiempo con usted.

Whitman pasó por el lado de Duke y, andando muy aprisa, salió de la oficina.

Duke lo había seguido con la mirada y ahora oyó a la pelirroja Terry.

—¿Se comporta siempre así, señor Martin?

—¿Qué inconveniente había en que él me dijese dónde puedo encontrar a Jackson Poe?

—Yo le contestaré. El señor Whitman es el jefe, y sólo da

respuestas especiales para preguntas especiales.

—¿Quién le ha dicho que mi pregunta no era especial?

—Otra vez se burla. ¿Cómo puede ser importante la dirección de un marinero?

—En determinadas circunstancias, lo puede ser, ¿no le parece?

La joven titubeó unos instantes.

—¿Qué le pasa con Jackson Poe?

—Su primo está muy grave en el hospital y quiere verlo... Ya sabe, asuntos de familia.

La joven se mordió el labio inferior como si titubease.

—Yo no llevo el archivo de los empleados, y se fue la señorita que lo maneja. ¿Por qué no vuelve usted mañana?

—Le haré una propuesta mejor. Busque usted en el archivo, la ficha correspondiente a Jackson Poe.

—No puedo. Va contra el reglamento.

Duke se acercó más a la joven y dijo persuasivo:

—Terry, es importantísimo que yo encuentre a Jackson Poe. Lo es tanto que podría evitar la muerte de su primo Patrick Furness.

La joven parpadeó.

—No está hablando en serio.

Duke levantó una mano y dijo:

—Juro que no la engaño.

La muchacha se decidió a levantarse y desapareció en una habitación del fondo.

Duke encendió un cigarrillo mientras esperaba.

Pasaron unos segundos y Terry regresó diciendo:

—Señor Martin, no puedo informarle.

—¿Por qué no?

—La ficha de Jackson Poe no está en su sitio. Alguien la ha debido coger.

—Oh, sí, claro. Quizá la propia empleada que maneja el archivo. ¿Quién es?

—Melissa Lane.

—Debo hablar con ella... Recuerde, hay un moribundo en el hospital.

—Vive en la calle Ciento Treinta y Tres, número 590, apartamento 3L.

—Gracias, Terry. Eres un sol.

Tomó a la joven por los brazos, y antes de que ella pudiese darse cuenta, la besó en los labios.

Duke viajó en taxi hasta la dirección de Melissa Lane. Subió en el ascensor hasta la tercera planta y pulsó el timbre del apartamento indicado.

No le abrió una mujer, sino un hombre, el cual dijo:

—No necesitamos detergente. Ni lavadoras. Ni frigorífico, ni discos, ni libros.

—¿Alguna dentadura postiza?

—¿Eh?

—Si ladra así, alguien le podrá romper la boca... Pero no vine a discutir eso. Quiero hablar con la señorita Melissa Lane.

—¿Qué quiere de ella?

—Hacerle una pregunta.

—¿Acerca de qué?

—¿Es usted Melissa Lane?

La cara del individuo se puso roja.

—Le voy a aplastar contra la pared, monigote.

El desconocido echó el brazo atrás, pero Duke le pegó sin golpe en el plexo solar haciéndolo retroceder y se metió en el apartamento.

El fulano era tan alto como Duke, pero más delgado, muy guapo, con el pelo negro, rizado.

—Le voy a hacer pedazos, monigote.

—No lo intente, guapín —le dijo Duke.

Sin embargo, «Cabello Rizado» atacó, y lo hizo con buen estilo de boxeador.

Duke tuvo que saltar con agilidad para evitar ser alcanzado por un rechazazo.

En seguida, replicó con un golpe de zurda en el hígado de su contrincante.

«Cabello Rizado», cayó de rodillas soltando un aullido de dolor.

En ese momento se abrió una puerta a la derecha y Duke Martin vio a una joven morena que se envolvía en una toalla de baño. Era muy bella, y lo que enseñaba de sus piernas, la catalogaban como propietaria de un extraordinario par de remos.

—Max, ¿por qué peleas?

—Este tipo vino a molestarte.

—Y parece que ya te tumbó.

Max se levantó de un salto, herido en su amor propio se lanzó otra vez sobre Duke. Éste alargó el brazo y Max estrelló su cara contra el puño, se tambaleó y cayó en el diván sin sentido.

—Lo siento, Melissa, pero él empezó primero —dijo Duke.

—¿Quién es usted?

—Duke Martin, y me envía su compañera Terry Carter. Sólo quiero que me informe acerca de un marinero que se enroló en uno de los barcos de su jefe hace cosa de tres años.

Los ojos de Melissa destellaron un poco.

—¿Qué marinero?

—Jackson Poe.

—¿Cómo quiere que yo sepa eso? Cada empleado de la naviera tiene una ficha en la oficina, y hay que consultarla para rendir un informe.

—La ficha de Jackson Poe no existe.

—¿Cómo?

—Quiero decir que alguien la sacó del archivo... Ya le dije que vengo de la oficina. Terry trató de echarme una mano.

—Lo siento, señor Martin, pero yo no puedo servirle de ayuda.

—Terry y yo pensamos que quizá usted había sacado la ficha.

—¿Para qué?

—No sé. Quizá para dar informes a otra persona.

Melissa entornó los ojos.

—¿Por qué piensa eso?

—¿No di en la diana?

—Claro que no.

Duke echó a andar hacia Max que empezaba a volver en sí.

Le metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—¡Eh!, ¿qué hace? No robe a Max.

Sin embargo, Duke buscó en el bolsillo izquierdo y sonrió al encontrar lo que buscaba.

—Aquí está la ficha de Jackson Poe.

—¡Suelte eso!

Duke leyó la ficha en voz alta.

«Jackson Poe, veintiocho años, uno setenta y tres de talla, moreno, ojos negros, marinero de primera

clase, embarcado en el cargo “Rosa de Louisiana” el 17 de enero de 1964. San Francisco-Hong Kong. Contrato caducado el 17 de enero de 1967. Dirección: Hotel “La Estrella”, de Hoboken».

Duke miró a la joven. Estaba pálida.

—¿Por qué negó que tenía la ficha, Melissa?

—Váyase al infierno.

—¿Qué pinta en esto Max?

—¿A quién representa usted?

—Al primo de Jackson Poe, Patrick Furness. Todavía no contestó a mi pregunta. ¿Es Max su novio?

—Mi prometido. Nos vamos a casar en unas semanas.

—Mucha felicidad. Y dígame, ¿cuál es su interés por Jackson Poe?

—Tengo que hacer un trabajo para la Compañía, una relación de los empleados que caducaron su contrato en los últimos tres meses.

—Cuénteme ahora el del Lobo Feroz.

—¡No le voy a contar nada más, porque va a salir de aquí después de que me devuelva esa ficha!

—No hay inconveniente —dijo Duke, y arrojó la ficha hacia Max.

La ficha cayó al suelo. Max ya se había recuperado y gritó:

—Maldita sea, ¿por qué me quitó eso?

—Podemos ser amigos, Max.

—¿Es usted de la policía?

—¿Tenía que sello?

—Entonces le voy a demandar.

—¿Por qué?

—Por violación de domicilio, y si quiere que agregue otro cargo, diré que intentó propasarse con Melissa.

—¡Oh!, es verdad. La sorprendí envuelta en una toalla de baño, y yo tengo tanto poder en los ojos que me bastó una mirada para dejarla como Eva, y luego...

—¡Cállese! —gritó Max.

—Usted sugirió la escena morbosa, Max. Pero pasemos al punto más interesante, al de Jackson Poe. ¿Hablaron ya con él?

—Claro que no.

—¿Para qué lo quieren ustedes?

Max chascó la lengua.

—Me debe dinero. Exactamente quinientos dólares. Yo también viajé en el carguero «Rosa de Louisiana». Jackson y yo fuimos compañeros por espacio de más de un año. Le hice mi préstamo en Hong-Kong.

Le pregunté a Melissa, y me dijo que Jackson no había renovado el contrato con Whitman. Entonces, quise saber a dónde se dirigiría Jackson cuando llegase a San Francisco. Es por lo que le pedí la ficha a Melissa. ¿Ya está satisfecho?

—No.

—¿Qué fallo le encuentra a mi historia?

—Ninguno, y eso es lo malo.

Max sonrió enseñando los dientes apretados.

—Se acabó la consulta, amigo. Ahora, lárguese.

—Ya me voy, pero quiero hacerles una advertencia a los dos. Si vuelven a mandar dos matones a Patrick Furness, lo van a pagar con la cárcel.

—¿De qué matones habla?

—Ande, hágase también el tonto ahora.

—Le juro que no sé nada. Explíquese.

—Dos tipos aporrearón a Patrick Furness, el primo de Jackson Poe, en un callejón. Querían saber dónde estaba Jackson Poe. Lo gracioso es que Patrick no lo sabía, y por ello tuvo que sufrir la fractura de varios huesos.

Max dio dos pasos hacia Duke y le apuntó con el índice.

—Oiga, Duke. No sé qué lío se lleva. Pero no trate de mezclarnos en su basura.

—Sólo quería hacerles una advertencia y ya está hecha. Confío en que no nos volvamos a ver.

—Lo mismo digo —repuso Max, y le tiró el puño a la cara.

Duke se apartó a un lado, y cuando Max se caía al perder el equilibrio, le dio un golpe de conejo en el cuello.

Max se estrelló contra el piso y quedó otra vez sin sentido.

Duke sonrió a Melissa y dijo:

—Sécate o te enfriarás, preciosa.

Luego salió de allí.

CAPÍTULO IV

«La Estrella» era un hotel de tercera categoría.

El registro era atendido por un tipo grasiento, al que faltaba un trozo de oreja, probablemente recuerdo de una pelea con cuchillo.

—No hay habitaciones —fue lo primero que dijo al ver a Duke Martin.

—Vengo a ver a un amigo.

—¿Quién es?

—Jackson Poe.

—Lo siento. Nunca oí ese nombre.

—No se sabe de memoria el nombre de los huéspedes, pero yo le voy a dar el mejor jarabe para curarlo.

Duke le entregó un billete de cinco dólares, que el otro atrapó enseguida.

—Miraré el libro. —Lo consultó y luego dijo—: Habitación 18, primera planta.

Duke obsequió con una sonrisa a «Oreja Cortada» y subió la escalera porque no había ascensor.

Al llegar ante la puerta indicada, Duke notó que estaba entreabierta y la empujó con el pie.

—Jackson —dijo.

No le contestó nadie.

Se metió en el hueco y, en ese momento, tuvo la impresión de que caía sobre él la Estatua de la Libertad. Por fortuna, se agachó en el último momento y pudo librarse de que su cabeza saltase. Le habían pegado en la espalda con una tubería de plomo.

Se dio impulso y rodó por el suelo para apartarse de la puerta.

Al detenerse, ya estaba vuelto, y pudo ver a los tipos. Uno de ellos, el que manejaba la tubería de plomo, cerró la puerta de golpe.

Era alto, de nariz chata, cejas espesas y barba de pelícano.

El otro fulano era delgado, rubio, con cejas blancas y tenía la mano derecha en el bolsillo. Duke pensó que manejaba una pistola, pero el rubio dejó ver esa mano, los nudillos con una manopla de acero.

Ya no tuvo duda. Eran los matones que habían enviado a Patrick Furness al hospital.

—Hola, vivo —dijo «Barba de Pelícano».

—Eh, muchacho —le sonrió Duke—. Tienes una forma muy fea de saludar.

—No fui al colegio.

—Pues no deberías avergonzarte tanto. Al fin y al cabo, cualquier tiempo es bueno para aprender a leer y a escribir.

—¿Oyes, Bing? —rió «Barba de Pelícano»—. Nos salió un muchacho chistoso.

Bing «Cejas Blancas» rió y lo hizo como un loco, estridentemente.

Duke se tapó los oídos.

—Por favor, muchacho. Deja de limar la barra.

«Barba de Pelícano» se golpeó el muslo con la palma de la mano y lanzó una fuerte risotada.

—Eso fue mejor, ¿verdad, Bing?

—Muy bueno —contestó «Cejas Blancas» mientras sacaba brillo a los nudillos de acero contra la cadera.

—Eh, chicos —dijo Duke, levantándose—. Creo que es habéis confundido de tipo.

—¿De veras? —repuso «Barba de Pelícano».

—Yo no soy Jackson Poe.

—Ya sabemos que no eres Jackson Poe.

—Estupendo. Entonces, no hay por qué reñir.

—¿Tú crees?

—Sólo vine para despedirme de Jackson. Me embarco mañana para

Hong-Kong

y quería preguntarle a Jackson si quería algo para allá.

—Qué gran amigo eres tú.

—Sé comportarme bien. Entre los marineros nos ayudamos mucho. Bueno, no os entretengo más. Tuve mucho gusto, ¿eh?

—El gusto fue nuestro, marinero.

—Hasta la vista.

Duke se dirigió hacia la puerta.

Los dos hombres no habían cambiado de sitio, uno estaba a la derecha y el otro a la izquierda.

—Párate ahí, marinero —ordenó «Barba de Pelicano».

—¿Qué pasa ahora?

—¿Dónde está Jackson Poe?

—Bueno, pensé que estaría aquí.

—No, no está, y lo hemos esperado durante un buen rato.

—¿Cómo cuánto?

—Una hora.

Duke se frotó la mejilla.

—De modo que no está Jackson Poe... Bueno, entonces os daré una solución.

—¿Has oído, Bing? El marinero nos va a ayudar... Habla, marinero, habla.

—Jackson Poe debe estar en la cantina de Edgard.

—¿Dónde está?

—En el muelle Catorce.

—Eres muy amable, muchacho.

—No hay de qué... Si veis a Jackson Poe, ya sabéis, le decís que intenté verle y que le escribiré desde Hong-Kong.

—No, no le vas a escribir desde Hong-Kong.

Será desde otro sitio.

—¿Dónde se le ocurre?

—Desde la Morgue —dijo «Barba de Pelicano» y abatió por segunda vez su cañería de plomo, pero Duke saltó.

La barra golpeó contra el suelo. Fue una magnífica oportunidad para que Duke probase la elasticidad de su pierna derecha. El resultado fue de lo más óptimo, porque la puntera de su zapato chocó contra la mandíbula del grandullón enviándolo por el suelo aullando de dolor.

—¡Eh!, marinero —gruñó Bing—. No me gustó eso que hiciste con mi amigo.

—Yo también lo siento, porque sólo es un pobre cerdo.

Bing rió de aquella forma tan estridente, mientras sus ojos cobraban un brillo de esquizofrénico. Se puso a golpear muy aprisa los nudillos contra la palma de la otra mano, y fue hacia Duke, pero éste no le dejó acercarse demasiado. Le tiró la izquierda al estómago y luego puso en marcha la derecha. Acertó los dos golpes. Bing salió despedido hacia la pared como un pelele.

«Barba de Pelicano» se estaba levantando y a Duke no le interesó continuar aquella pelea, de modo que abrió la puerta y echó a correr bajando de dos en dos los escalones.

Camino de la calle, gritó al encargado del registro:

—¡Otro día vendré por los cinco dólares, maldito grasiento!

El tipo a quien le faltaba la oreja rió diciendo:

—Te los devolveré si vienes con tu tía.

—Será mi tío —dijo Duke pensando en Lou, pero esas últimas palabras las soltó cuando ya estaba en la calle.

Duke hizo señal a un taxi y se coló dentro.

—¿Dónde quiere que lo lleve?

—Espere un momento a que salgan un par de amigos.

Duke sacó el paquete de cigarrillos e invitó a fumar al taxista.

Transcurrieron cinco minutos y por fin Duke vio salir del hotel a «Barba de Pelicano» y a su compañero Bing, el loco. Ambos dialogaban, y no lo hacían de forma amigable. Duke sonrió porque, con toda seguridad, los dos matones se estaban recriminando por su escapada.

Los dos fulanos se metieron en un auto negro.

—Siga a ese coche —dijo Duke—, y no lo pierda.

—Hay mucho tráfico ahora.

—Cuenta con cinco dólares extra.

—Haré todo lo posible.

La persecución duró veinte minutos.

Los matones dejaron el coche en un estacionamiento y Duke pagó al taxista.

Poco después caminaba por la Novena Avenida.

De pronto, los dos gorilas se detuvieron ante el escaparate de una joyería, cambiaron unas palabras entre sí y, finalmente, «Barba de Pelicano» se separó de Bing.

Duke titubeó unos instantes, pero por último se echó el sombrero hacia la cara, y mezclándose entre la gente pasó frente al

escaparate en que estaba Bing.

Dos números más arriba, «Barba de Pelicano» entró en un restaurante que se llamaba «Limbo».

Era un local muy elegante, sólo apto para bolsillos adinerados, y Duke pensó que «Barba de Pelicano» estaba allí tan fuera de lugar como un sayal del Ku Kux Klan en el cuerpo de Ann Margret.

También entró en el restaurante.

El salón estaba muy concurrido, pero no tardó en descubrir a «Barba de Pelicano». Estaba sentado a una mesa hablando con una rubia sensacional.

CAPÍTULO V

Duke echó a andar hacia la mesa y al llegar ante ella atrapó una silla con la mayor naturalidad y se sentó entre la rubia y el grandullón.

—¿Quién es usted? —dijo la rubia.

Duke sonrió a la hermosa joven y luego a «Barba de Pelicano», el cual tenía la boca abierta, enseñando hasta la campanilla.

—¡Es él!... ¡El hombre de quien le estaba hablando, señorita Masterson, Duke Martin!

—¿Qué hace usted aquí, señor Martin? No recuerdo haberle invitado a mi mesa.

—No, eso es cierto. Pero yo tenía muchos deseos de conocerla a usted. Es tan bonita...

Del pecho de «Barba de Pelicano» brotó un rugido.

—Le haré pedazos aquí mismo, Martin.

—¿Con o sin tubería de plomo? —inquirió Duke, sin perder la sonrisa.

—Bastará con mis manos.

—Yo también soy un buen peleador y vamos a dar un bonito espectáculo en este local. Prepare dinero, señorita Masterson, porque vamos a hacer un gran destrozo.

La señorita Masterson miró a su alrededor como si quisiese comprobar que la distinguida clientela seguía allí. Luego, dijo muy aprisa:

—Quieto, Clarence.

—Duke Martin la está engañando, señorita Masterson. No haremos ningún destrozo. Acabaré con él de un solo puñetazo.

Duke sacó un billete de a cincuenta dólares.

—Estos cincuenta contra otros cincuenta de la señorita

Masterson a que te hago comer astillas, Clarence.

Clarence empezó a enrojecer, pero antes de que pudiese hablar, la joven dijo:

—Clarence, date una vuelta por ahí fuera y no vuelvas en media hora.

—Pero, señorita Masterson...

—Es una orden, Clarence.

—Está bien. Ya me voy. Pero debo advertirle que este tipo es de los que engañan.

—No te preocupes por mí. Yo sabré hacerle los honores al señor Martin. Lárgate ya.

Clarence se levantó de la silla y, tras dirigir una aviesa mirada a Duke, se alejó hacia la salida.

Duke sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Fuma, querida?

—Sí, fumo, pero mis propios cigarrillos.

—Como usted quiera, querida.

—No me llame así. Soy Nellie Masterson.

—Entonces la llamaré Nellie. Me gusta más, y da la Sensación de que nos hemos conocido desde hace mucho tiempo.

—Déjese de tonterías, señor Martin.

—Muy bien. Atacaremos el asunto.

Un camarero se acercó a la mesa y Duke pidió un filete con patatas y una cerveza.

—¿Cómo quiere el filete, señor? —dijo el camarero—. ¿A la Pompadour? ¿A la Jardiniere?

—Frito, simplemente eso, frito.

El camarero enarcó una ceja, la izquierda, emitió un gruñido y se alejó.

Duke observó que Nellie apretaba los menudos dientes.

—Bien, Nellie, cuénteme la historia de su vida.

—Se la va a contar su abuela.

—La de mi abuela la supe cuando era pequeñito, y pienso que la de usted deber ser realmente emocionante. Ha contratado a dos matones para que den alcance a Jackson Poe, lo cual quiere decir que usted tiene algo que ver con Jackson Poe.

—¿Es detective, señor Martin?

—No, pero me gusta mucho hacer el detective.

—Por lo visto, lo que le gusta es entrometerse en la vida de los demás.

—Sí, eso es cierto. Por ejemplo, en esta ocasión me metí en la vida de Patrick Furness cuando me enteré que dos matones le habían pegado una paliza en un callejón, abandonándolo con mucho hueso roto.

—No quiero oír tristezas.

—Pero usted las debería oír, porque está infringiendo la ley y, si se descuida, pasará no menos de un par de años en la cárcel.

—¿Es otro chiste?

—No, Nellie. No es ningún chiste, sino la pura realidad. Usted paga a esos hombres, y por lo tanto, está cometiendo un delito, porque no puede contratar a un par de profesionales como Clarence y el rubio loco para que vayan por ahí pegando a la gente o matándola. ¿Les compró usted los instrumentos de tortura? Me refiero a una barra de plomo y a una manopla de acero. Si es así, de los dos años de cárcel pasará a los cinco.

—Ya veo que es usted más listo que Clarence y Bing.

—Para ser más listo que ellos, se necesita muy poco.

—Lo contrataré, señor Martín.

—¿Para qué?

—Para que encuentre a Jackson Poe.

—Ya lo busco por cuenta de otra persona.

—Pero yo quiero que ahora trabaje para mí.

—¿Y por qué debo hacer eso?

—Porque estoy dispuesta a pagar más que su cliente. ¿Es Patrick Furness?

—Suponga que lo es.

—Patrick Furness no tiene ningún interés en este asunto y no comprendo por qué lo ha contratado a usted.

—¿Y cuál es su interés, Nellie?

—¿Va a trabajar para mí?

—Depende de lo que usted me cuente.

—Está bien. Soy la esposa de Jackson Poe.

Duke hizo una pausa, sorprendido.

—Patrick Furness no me dijo que Jackson estuviese casado.

—Me casé con Jackson hace dos semanas.

—¿Dónde?

—En

Hong-Kong.

—¿Y dónde se conocieron?

—En

Hong-Kong,

dos días antes de que contrajésemos matrimonio.

—¿Qué hacía usted en

Hong-Kong?

—Cantaba en un local, «El Collar de Perlas».

—De modo que hubo flechazo entre usted y Jackson...

—Nos enamoramos y no quisimos dejar correr el tiempo.

—¿Qué pasó después?

—Jackson se disponía a cancelar su contrato con el barco.

—¿En cuál estaba enrolado?

—En el «Rosa de Louisiana».

El camarero llegó a la mesa y puso ante Duke el filete con patatas.

—¡Eh!, amigo —dijo Duke—. Está demasiado hecho.

—Le pregunté a usted cómo lo quería.

—¿Quiere llevárselo y traer otro?

—¿A la Pompadour? ¿A la Jardiniere? —preguntó el Camarero torciendo la boca.

—Poco hecho, hermano. Con mucho jugo, hermano. ¿De acuerdo, hermano?

—Sí, hermano. Ya le entendí —repuso el camarero, y se marchó.

—Continúe, Nellie —dijo Duke tras la interrupción.

—Jackson y yo nos casamos en la intimidad y nos alojamos en un hotel de

Hong-Kong,

«El Dragón». Apenas llevábamos allí unos minutos, Jackson me dijo que tenía que salir porque había olvidado algo. Creí que me iba a dar una sorpresa, y vaya si me la dio. Pasaron las horas y Jackson no regresó. Estuve a punto de llamar a la policía, pero pensé que debía ocuparme por mí misma del asunto. Así que me fui al muelle donde estaba anclado el «Rosa de Louisiana». Me recibió un oficial, un tal Bennet Fowler, y entonces me llevé la segunda sorpresa. El señor Fowler me dijo que Jackson se había despedido la noche anterior y que se había llevado su maleta. Me marché de allí

desconcertada, pero pensé hacer un último intento. Volvería al hotel, por si Jackson había regresado. Mi marido tampoco estaba allí. Pensé en una desgracia, en que un automóvil lo hubiese atropellado, en muchas cosas, y entonces decidí llamar a la policía. Pero en ese instante sonó el teléfono. Era él, Jackson.

La joven hizo una pausa para encender un cigarrillo con boquilla y prosiguió:

—Mi marido me dijo que no podía verme, que yo debería regresar sola a los Estados Unidos, que no, tratase de verlo. Yo tenía que llegar a Nueva York y ponerme en contacto con Patrick Furness, el primo de Jackson. Furness me diría dónde podía encontrar a Jackson. Quise preguntar, pero mi marido ya había colgado.

—¿Está segura de que era realmente Jackson quien estaba a la otra parte del hilo?

—Claro que era Jackson.

—Una voz se puede disimular.

—¡Oh, no! Sé que era él. De eso no tengo la menor duda.

—Muy bien. Usted hizo el viaje a Nueva York.

—Y me puse en contacto con Patrick Furness.

—¿Qué?

—Hablé con el hombre que le ha contratado a usted porque eso fue lo que me dijo mi esposo.

—¿Y qué pasó en esa entrevista?

—Patrick Furness me dijo que no sabía nada de Jackson. Traté de convencerlo, y repetí lo que Jackson me había dicho, pero Furness insistió en que quizá Jackson había cambiado de idea y por eso no había establecido contacto con él.

—¿Y por qué Patrick no iba a decir la verdad? ¿Por qué contrató usted a esos dos matones para que le pegasen una paliza?

—Le falta conocer lo más importante, Duke.

—Suéltelo.

—Se refiere a mi conversación telefónica con mi marido. Jackson me dijo que estaba metido en un negocio de un millón de dólares y que, si todo salía bien, seríamos ricos para siempre.

—¿Qué negocio?

—No lo explicó, pero cuando Furness negó que hubiese establecido contacto con Jackson y pasaron unos días sin que yo supiese nada de mi esposo, llegué a la conclusión de que Patrick

Furness estaba jugando por su cuenta. ¿Y si había matado a Jackson para apoderarse del millón de dólares?... Yo no podía estarme quieta, Duke. Estoy enamorada de mi esposo y él ha desaparecido... Por eso contraté a Clarence y a Bing.

—¿Cómo los conoció?

—Fui a un bar del Bronx. Hablé con el dueño y él me facilitó a la pareja...

—Elegió dos tipos buenos. Si se descuidan un poco, matan a Patrick Furness.

—¿No cree que ha sido culpa del propio Furness?

Duke no sabía qué pensar, porque Furness no le había dicho nada de la mujer de Jackson. ¿Por qué lo había silenciado?

—Vas a venir conmigo, Nellie —la tuteó.

—¿A dónde?

—Al hospital donde está Furness.

—¡Ah, no! De ninguna manera.

—Es necesario que yo sepa quién dice la verdad.

—Yo te la he dicho.

—A mí no me basta con tu palabra.

La joven dio un suspiro.

—Está bien. Iré contigo, y ese Furness va a tener que oírme...

El camarero llegó con el filete. Estaba poco hecho, jugoso, como Duke lo había encargado.

Duke dejó unos cuantos billetes sobre la mesa y dijo:

—Me lo comeré otro día.

Los dos jóvenes se pusieron en marcha hacia la calle, y al salir se encontraron con Clarence y Bing, el cual tenía la mano en el bolsillo.

—Señorita Masterson —dijo Bing—. Díganos que acabemos con él y lo aplastamos aquí como una cucaracha.

—No quiero que le hagan daño —repuso Nellie—. He de ir con el señor Martin al hospital de San Vicente, pero vengan ustedes detrás, en su coche.

Duke sonrió al rubio mientras cogía del brazo a Nellie.

—Vamos, querida.

Los dos hombres quedaron boquiabiertos y se tuvieron que dar mucha prisa en ir en busca de su coche, porque Nellie y Duke ya habían tomado un taxi.

CAPÍTULO VI

El agente que debía estar vigilando la puerta de la habitación de Patrick Furness no estaba en su sitio, sino al fondo, pegando la hebra con una enfermera muy sugestiva.

Nellie y Duke entraron en la habitación del enfermo.

Lou saltó de la silla.

—¡Duke, por fin estás aquí! ¡Y ahora comprendo por qué tardaste tanto! ¡Siempre una mujer!

—¿No te gusta ella?

—Claro que me gusta, y eso es lo malo, que es demasiado hermosa. Ya estoy viendo que acabaremos como siempre, en la ruina.

—Nellie, éste es Lou Bates, mi mejor amigo.

—Tanto gusto, Lou.

Patrick Furness, que parecía una momia, miraba con los ojos muy agrandados a Nellie Masterson.

—Hola, señor Furness —dijo la seductora rubia.

El agente de Asuntos Varios levantó pesadamente un brazo señalando a Duke Martin.

—¡Duke, eres un traidor! —Ladró.

—¿Por qué, Patrick?

—¡Te has vendido a ella!

—De modo que la conoces...

—Llama al policía, Lou. Fue esta mujer la que contrató a los matones para que me pegasen la paliza...

Lou arrugó el ceño.

—¿Es verdad, Duke?

—Patrick nos engañó.

—¿Qué?

—Nellie es la esposa de Jackson Poe. Se casaron en Hong-Kong, pero enseguida Jackson desapareció. Luego llamó por teléfono a Nellie y le dijo que viniese a Nueva York y que le preguntase a Patrick por su paradero... Hay por medio un negocio de un millón de dólares, pero cuando Nellie fue a visitar a nuestro amigo, él no soltó ni prenda.

Lou se volvió hacia el hombre que estaba vendado de pies a cabeza.

—Patrick, siempre dije que eras un gusano...

Furness fue a hablar, pero Duke no le dejó porque quiso martillear en caliente.

—¿Dónde enterraste el cadáver de Jackson Poe, Patrick?

—¿Qué cadáver? ¿De qué estás hablando?

—No te hagas de nuevas. Sabes perfectamente de qué estamos hablando... De un millón de dólares.

—No sé nada.

En aquel momento se abrió la puerta y entraron Clarence y Bing. Patrick Furness dio un chillido.

—¡Son ellos!

Clarence cerró la puerta y sonrió.

—Hola, señor Furness... ¿Qué tal le va su «enfermedad»?

—¡Lou! —gritó Patrick—. Llama al policía de servicio.

Clarence chascó la lengua.

—No puede venir. Está muy ocupado con una chica y será mejor que no chille, o se enfadará «Tom» —se tocó la axila izquierda, donde guardaba la barra de acero convenientemente reducida.

Lou levantó dos puños que parecían melones.

—A usted le voy a incrustar en la pared.

—Acércate, animal, y conocerás mi respuesta.

Lou fue a ponerse en marcha, pero Duke le interrumpió el camino.

—Lou, espera. No quiero peleas... todavía.

Lou se tranquilizó un poco y Duke volvió a la carga con Patrick Furness.

—Todavía no contestaste a mi pregunta, Patrick, y dada tu situación, será mejor que digas la verdad y nada más que la verdad.

El hombre vendado se relajó.

—Está bien... Jackson me llamó por teléfono.

—¡Canalla! ¡Miserable! —gritó Nellie interrumpiéndole.

—Me dijo que debía negar que él había hablado conmigo y agregó que no podía hacer excepciones.

—¡Soy su esposa!

—Repito que no hizo excepciones y tampoco me habló de la existencia de una esposa. Duke, ¿cómo sabes que ella dice la verdad?

Duke miró a la joven.

—¿Tienes algún documento para probar tu matrimonio con Jackson Poe?

—Claro que lo tengo.

Nellie abrió el bolso y sacó un papel que alargó a Duke. Éste, después de examinarlo, lo devolvió a Nellie, diciendo:

—No hay duda, Patrick. Está casada con Jackson. El certificado está expedido por el consulado americano en Hong-Kong.

Patrick Furness exclamó:

—Admitiendo que el certificado no sea una falsificación, mi primo no me habló de la existencia de ella.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—No soltaré una palabra.

Bing, el rubio, que hasta entonces no había abierto la boca, se dejó oír:

—Señorita Masterson, ¿por qué no sale un momento? Hay espectáculos que resultan demasiado fuertes para chicas refinadas.

Patrick chilló:

—¡No acabarán de matarme! ¡No podrán hacerlo! ¡Soy un impedido!

—Patrick, quiero la verdad —insistió Duke—. Escupe lo que te dijo Jackson por teléfono.

—No puedes obligarme a decir eso... Además, tú y Lou estáis trabajando para mí. ¿Qué clase de empleados sois vosotros?... ¡Cobrasteis por adelantado cuatro días de trabajo! ¡Fueron doscientos dólares y ahora os voy a dar una orden! ¡Sacad a esta gente de aquí! ¡No quiero visitas! ¡El médico me las prohibió!

—Tranquilo, Patrick, tranquilo.

—Sólo lo estaré cuando me encuentre a solas.

—Muy bien. Entonces rescindiremos el contrato.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Lou y yo somos los que nos vamos.

—¿Y ellos? —dijo Patrick señalando a Clarence y a Bing, «El Loco».

—Es asunto suyo si se quedan.

El rubio Bing enseñó unos dientes de lobo, lo cual provocó otro chillido de Patrick.

—¡Esto es una canallada, Duke!

—¿Qué te dijo Jackson?

—Que habían organizado un safari para cazarlo.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. ¡Un safari! Eso que hacen los cazadores en África para matar animales... Jackson dijo que estaba acorralado...

—¿Quiénes lo habían acorralado?

—No lo aclaró.

—¿Cuándo recibiste esa llamada?

—El día antes de que estos bestias me quebrasen la huesos.

—Está bien. Continúa con la conversación con Jackson.

—¡No puedo continuar porque voy a perder cien mil dólares!

—No los perderás.

—¿Quién me garantiza que no?

—Lou y yo te lo garantizamos.

—Permíteme que me ría... Sois dos empleados infieles pero eso lo debí suponer. Tú, Duke, cuando una mujer bonita se cruza en tu camino, eres hombre perdido.

—Ahora no trabajo para una mujer bonita, sino para ti... Trato de evitar tu muerte.

—Duke, tengo derecho a esos cien mil dólares. Por conservar el secreto dejé que me triturasen... Nadie me los puede quitar.

—Tranquilízate, Patrick. Tendrás los cien mil dólares, Palabra de Duke Martin.

—Por una vez voy a confiar en tu palabra, Duke.

—Harás bien.

—Yo tenía que ir al día siguiente a una barca donde te estaba esperando Jackson. Tenía que ayudarle y entonces él me daría los cien mil dólares, el diez por ciento del Billón. Sólo tenía que facilitarle la salida de Nueva York.

—¿Qué barca es ésa?

—¿He de decirlo, Duke?

—Sí.

—¿Delante de tanta gente?

—No te preocupes. Desde ahora, yo llevaré las riendas este asunto.

—La barca se llama «Lolita» y está en el muelle Veinticuatro.

—¡Dios mío! —exclamó Nellie—. ¿Qué habrá sido del pobre Jackson? Patrick tenía que haber acudido hace tres días a esa barca... Démonos prisa, Duke.

En ese momento se abrió la puerta y entró un hombre cuya cara era muy rara, ya que la cubría con una máscara de plástico. Portaba sombrero y abrigo con el cuello subido. Pero lo más inquietante era lo que empuñaba en su mano derecha, y que había sacado del bolsillo. Una pistola con silenciador. De repente, y sin previo aviso, se puso a disparar sobre las personas que se encontraban en la estancia.

CAPÍTULO VII

Duke Martin saltó atrapando a Nellie por la cintura y los dos cayeron sobre Patrick Furness, el cual lanzó un tremendo alarido, mientras los tres rodaban hacia otra parte de la cama perdiendo las pesas que sostenían su pierna.

Lou se zambulló debajo de la cama.

Clarence y Bing eran las personas más cercanas a la puerta por donde había entrado el asesino y no pudieron hacer mucho.

Ambos retrocedieron gritando, mientras las balas mordían su cuerpo.

Con tanto grito, el enmascarado dio media vuelta y escapó de la habitación cerrando tras de sí.

—¡Estoy muerto! ¡Estoy muerto! —gritaba Patrick Furness.

Duke, encima de él, decía:

—Cálmate, Patrick. Ya pasó todo.

—¡Cielos! ¡Mis huesos...! ¡Otra vez se fracturaron!

—¡Lou! —gritó Duke—. ¿Dónde estás?

—Debajo de la cama.

—Ayúdame a meter a Patrick en ella.

Lou apareció por debajo de la cama, pero con tan mala fortuna que pegó un cabezazo en la pierna más mala de Patrick, el cual soltó otro aullido.

Nellie se quedó sentada en el suelo, aturdida.

—Dios mío, Clarence y Bing no se levantan...

Duke y Lou ya habían puesto a Patrick sobre la cama y ahora los dos se acercaron a los matones.

Clarence se había quedado sin cara y tenía otro agujero en el centro del pecho.

Bing, «El Loco», ya no podía presumir de dientes porque una

bala se los había arrancado ocasionándole más destrozos. Sin embargo, parecía sonreír.

Patrick gemía:

—¡Llamen al doctor! ¡Llámenlo!

Duke atrapó a la joven por el brazo.

—Vámonos, Nellie...

—¡Eh, Duke! —gritó Lou—. Yo tampoco roe puedo quedar. Me harán responsable de la muerte de estos dos tipos.

—También vienes con nosotros.

Los tres se dirigieron hacia la puerta mientras Patrick pitaba:

—¡Más escayola! ¡Quiero más escayola!

Nellie, Duke y Lou salieron de la habitación.

En el fondo del corredor, el policía encargado de vigilar la habitación de Patrick Furness, reía las palabras que le decía la bonita enfermera.

Ya en la calle, Duke dijo:

—Nellie, será mejor que vayas a tu hotel.

—Ni hablar. Yo voy con vosotros a esa barca.

—Podría ser peligroso.

—No me importa. Quiero reunirme con Jackson cuanto antes.

—¿Tienes una idea de lo que está pasando?

—No.

—Es un poco extraño. ¿Por qué Jackson no te contó la verdad después que se casó contigo? Y sobre todo, ¿por qué te ha apartado del asunto y no le habló a Patrick de tu existencia?

—Tengo una respuesta para eso.

—Oigámosla.

—Según Jackson, hay organizado un safari para cazarlo. Está en peligro de morir, y ha pensado que no debía involucrarme... Jackson cree que, si me reúno con él, yo también puedo ser muerta...

—No está mal, pero, dime... ¿Reconociste al hombre que entró en la habitación de Furness con la máscara de plástico?

—No tengo ni la menor idea de quién pueda ser.

—Lo malo es que él nos puede estar vigilando en este momento.

Lou miró a derecha e izquierda, y vio a unos cuantos hombres.

—Me gustaría saber cuál de ellos es para sacarle un palmo de lengua.

—No podemos preguntárselo, Lou —dijo Duke, e hizo una señal a un taxi.

Poco después viajaban hacia el muelle Veinticuatro.

Duke pagó la carrera.

Justo en aquel momento empezaron a caer copos de nieve, y Lou protestó:

—No, hombre. Ahora no.

Había muchas barcas en la orilla, y uno podía jurar con respecto a ellas que no habían navegado durante muchos años.

Un viejo estaba arreglando una red.

—Buscamos la barca «Lolita» —le dijo Duke.

—Está más arriba.

—¿Quién es el dueño?

—El viejo Conrad Prescott.

Duke le dio las gracias y prosiguieron andando.

Poco después llegaban ante la barca «Lolita». Estaba despintada y la cubierta ofrecía un aspecto deplorable.

Los tres saltaron a la embarcación, pero no vieron señal de ser humano.

Fueron a la cabina y Duke empujó la puerta.

—Aquí se está mucho mejor —dijo Lou.

Descorrió unas cortinas y lanzó un grito.

—¡Eh, Duke, ven acá!

—¿Qué hay?

—Un muerto.

Duke se asomó y vio a un hombre tendido en el suelo. Tenía una gran cuchillada en el cuello, pero la sangre estaba seca.

—Lo liquidaron hace ya algunas horas.

—¿Quién será, Duke?

—Ya puedes apostar a que se trata de Conrad Prescott, el dueño de la barca.

—¿Y qué significa esto?

—Que alguien llegó antes que nosotros.

Nellie gimió:

—Pueden haber matado también a Jackson.

—No veo su cadáver.

—¡Allí! —gritó la joven.

Estaba señalando un baúl que había en un rincón.

—Lou, ábrelo —dijo Duke.

—Ni hablar. Yo encontré el cadáver del viejo, ahora te toca a ti.

—Está bien —dijo Duke.

Abrió el baúl pero en el interior no había ningún cadáver, sino ropa muy gastada.

—¿Lo ves, Lou? No hay ningún cadáver.

Lou estaba escuchando, ligeramente inclinado.

—¿Qué pasa, Lou?

—Oigo el tic tac de un reloj.

—¿Dónde?

—Aquí, detrás de esta madera.

Duke fue al lado de Lou y pegó la oreja a la pared. Efectivamente, él también oyó un tic tac.

Duke metió las uñas en las junturas del listón y trató de retirar éste.

El tic tac se hacía cada vez más sonoro.

—¡Dios mío! ¡Yo también lo oigo ahora! —gritó Nellie.

Duke soltó un empujón a Lou enviándolo hacia la puerta.

—¡A correr, muchachos! ¡A tierra!

Salieron de la cabina, pero Lou estaba tan aturdido que se equivocó de dirección.

Nellie y Duke ya habían saltado de la barca y Duke exclamó:

—¡Lou, no vengas! ¡Tírate al agua!

Lou se había quedado de muestra al darse cuenta de su error.

—¡Al agua, Lou! —gritó Duke—. ¡La barca va a saltar en pedazos! ¡El reloj es una bomba!

Duke se tendió en el suelo arrastrando consigo a Nellie.

Lo hizo en un buen momento porque sonó una explosión y la barca llamada «Lolita» saltó en el aire hecha pedazos.

Trozos de madera cayeron en el muelle, pero los más grandes fueron a parar al mar.

Duke se puso en pie de un salto y miró el lugar donde poco antes se encontraba la barca «Lolita».

—¡Lou! —gritó al no ver a su amigo.

No recibió contestación.

—¡Lou! —repitió, mientras se quitaba la chaqueta.

La dejó a sus pies y luego, sin pensarlo dos veces, se echó al mar.

El impacto fue tremendo, ya que el agua estaba helada. Sin embargo, había hecho acopio de oxígeno y buceó todo lo que pudo. El pulso le latía fuertemente en las sienes. Se estaba ahogando. En sus pulmones ya no había ni brizna de aire. Entonces, empezó la ascensión sintiendo una enorme congoja porque pensó que Lou había muerto.

CAPÍTULO VIII

Duke sacó la cabeza del agua y vio lo asombroso. Lou estaba en la orilla completamente seco.

—Eh, Duke, ¿qué haces en el mar?

Duke hizo rechinar los dientes por el frío y por la rabia.

—Lou, ¿cómo llegaste hasta ahí?

—Me sentí transportado por el aire, y caí rodando por este lado. ¡Ahora te echo una cuerda, Duke!

Lou arrojó la cuerda, Duke se agarró a ella y subió temblando de frío.

El viejo que arreglaba la red se acercó rascándose la cabeza.

—Demonios, se libraron ustedes de buena.

—Oiga, abuelo, ¿desde cuándo no veía a Conrad? —preguntó Duke.

—Desde anteayer.

—¿Vio a alguien con él?

—Sí, había un tipo.

—¿Cómo era?

—Talla parecida a la de usted, moreno, de unos treinta y cinco años, nariz aguilena...

—¡Está describiendo a Jackson! —exclamó Nellie.

—¿Cuándo vio a ese hombre, abuelo? —preguntó Duke.

—También anteayer.

—¿Dónde?

—En la barca de Conrad. Subí un momento para devolverle una pastilla de tabaco. Pobre viejo, ¿qué fue de él? Pasó mucha hambre durante los últimos años.

Duke palmeó al viejo y le dio un billete de cinco dólares mientras decía:

—Conrad ya dejó de existir, abuelo. Ahora preocúpese de usted... Dígame, ¿habló con el hombre que acompañaba a Conrad?

—No, no llegué a hablar con él una sola palabra, porque Conrad me echó en seguida... Dijo que estaba muy ocupado. Desde entonces no he visto a ninguno de los dos.

A lo lejos se oyó una sirena.

—¡Eh, Duke, la policía! —exclamó Lou.

Los tres echaron a andar y poco después se metieron en un taxi.

—Al hotel «El Descanso del Viajero» —dijo Duke al conductor.

—¡No, Duke! —gritó Lou—. ¡Alma se pondrá furiosa cuando nos vea! ¡Le debemos veinte dólares!

—Tengo para pagarle.

—Pero nos advirtió que no fuésemos por allí si nos Metíamos en otro lío.

—¿Quién se ha metido en un lío, Lou? —dijo Duke, con su expresión más ingenua.

En el registro del hotel «El Descanso del Viajero» había una mujer muy gruesa, empolvada de mejillas del color de la guinda, ojos verdosos que asesinaron a los dos amigos cuando éstos se dejaron ver.

Las palabras se atropellaron en la boca femenina.

—Hola, Alma —dijo Duke—. Te hemos echado mucho de menos... Lou me lo decía hace un momento. «¿Qué habrá sido de la buena de Alma Rick? Tenemos que ir a verla para demostrarle que seguimos siendo amigos de nuestros amigos»...

—¡Yo no soy amiga de mis amigos!

—Alma, no está bien que digas eso. Lou lo va a sentir mucho.

Lou puso una de sus manazas en el tablero del registro.

—Alma, deberías olvidar los malos ratos que te hemos hecho pasar... Ahora las cosas son distintas. Duke y yo hemos vuelto por el buen camino... Y aquí está esta joven para demostrarlo.

Alma ya estaba mirando a Nellie.

—¿Quién es ella, Duke?

—Nellie Masterson, una muchacha excelente, de la mejor familia de Boston. Conocimos a su padre, un hombre importante de allá y nos la recomendó. Queremos una habitación para ella, y otra para nosotros, y aquí tienes los veinte dólares que te debo.

Duke puso los veinte dólares delante de la nariz de Alma.

La dueña del hotel titubeó unos instantes y por último pegó un zarpazo a los billetes.

—Está bien, Duke. Espero que sea verdad eso de que estáis a punto de convertirlos en ciudadanos honrados.

Duke soltó una risita y besó a Alma Rick en la mejilla.

Lou también fue a besarla, pero Alma le puso una mano en el pecho y dijo:

—Ya está bien de besuqueo. Prefiero que os inscribáis... La habitación siete para ella y la ocho para vosotros.

Hicieron la inscripción y Duke dijo:

—Alma, ¿no tendrás alguna ropa para mí?

—Claro que debe tener —dijo Lou—. Se queda la ropa de los que no pagan, y tiene tantos clientes morosos que cuenta con la mejor ropería.

Alma le fulminó nuevamente con la mirada.

—Te venderé un traje de tu talla, Duke, pero tendrás que pagar diez dólares.

Lou exclamó irritado:

—Eso es hacer la sanguijuela. No puedes hacer pagar diez dólares a Duke por algo que no te costó a ti un solo dólar.

—Muy bien. Que se compre un traje donde quiera.

—Trato hecho. Diez dólares —dijo Duke, sin embargo.

Minutos más tarde, Duke se había cambiado de traje en su habitación.

Su amigo Lou se había tendido en la cama.

En la otra habitación se encontraba Nellie Masterson.

Duke hacía gimnasia para entrar en calor. De vez en cuando, corría de una pared a otra, o se detenía boxeando contra su sombra.

—Duke —dijo Lou— ¿tú entiendes algo de este enredo?

—Muy poco.

—Yo nada. ¿Por qué infiernos Jackson Poe huye de su mujer?

—Ya la oíste a ella. Porque quiere evitar que muera.

—Duke, estamos hablando de Jackson Poe como si estuviese vivo, y probablemente estará muerto.

—Quizá.

—¡Ya lo tengo! Mataron a Jackson y lo arrojaron al mar con una piedra al cuello. Después de todo, sólo tenían que empujarlo un poco, puesto que se encontraba en la barcaza de Conrad.

Quienquiera que lo hizo, sabía que nosotros iríamos por allí y preparó el reloj con la bomba.

—No está mal.

—Pero antes se cargó a Conrad, porque el buen anciano quiso impedir la masacre.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Yo lo atenderé —dijo Duke, y tomó el auricular—. ¿Quién llama?

—¿Hablo con Duke Martin?

—Soy yo.

—Señor Martin, necesito verle urgentemente.

—¿Quién es usted?

—Jackson Poe.

—Lo celebro. Justamente estábamos hablando de usted.

Lou dio un respingo en la cama.

—¿A cuál de los muertos te refieres, Duke?

—A Poe —contestó Duke, y luego agregó, hacia el auricular—. Su mujer está aquí.

—¿En esa habitación?

—No, en la de al lado. A propósito, ¿cómo supo dónde encontrarnos?

—Patrick Furness me habló una vez de usted, y que se alojaba en ese hotel... Pero volvamos a lo nuestro, señor Martin... Quiero que venga a mi hotel. Se llama «Dakota». Estoy en la habitación treinta y dos, pero no utilizo mi nombre...

—¿Cuál es el de ahora?

—John Rhodes.

—Muy bien. Le llevaré a su mujer.

—¡No haga eso! No le diga siquiera que ha hablado conmigo...

—Está bien, Jackson. Iré por ahí enseguida.

—Dese prisa, y asegúrese que nadie le sigue... Estoy sentenciado a muerte, señor Martin. Ya han intentado acabar conmigo unas cuantas veces y le aseguro que me salvé por puro milagro...

—A nosotros nos pasó algo parecido en la barca de su amigo Conrad, pero ya se lo contaré luego. Voy para allá.

Duke dejó el auricular en la horquilla y dijo a Lou:

—Te dejo al cuidado de Nellie Masterson... No quiero que le pase nada.

—Mi voz interior me decía que estábamos otra vez en la mala racha —gimió Lou, pero Duke no le contestó porque ya estaba saliendo de la habitación.

CAPÍTULO IX

Duke entró en el «Dakota».

Parecía un hotel limpio, aseado, y el registro era atendido por una joven de buen aspecto. Una pelirroja con ojos azules, orlados de sedosas pestañas. Sus senos eran pequeños pero firmes.

—Me está esperando el huésped de la habitación treinta y dos —le dijo Duke.

—¿Sí? ¿Y cómo se llama?

—John Rhodes.

—Ya preguntaron por él.

—¿Quién?

—Un hombre.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Una media hora.

—¿Subió a ver a Rhodes?

—No. Sólo preguntó por él y se marchó.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—Claro que no... ¿Por qué le doy la información?

—Porque le resulto simpático, monada.

La joven esbozó una sonrisa y, con un abaniqueo de pestañas, dijo:

—Mi nombre es Margaret Gribble.

—Duke Martin.

—Quedaré libre a las siete.

—Lo tendré en cuenta —dijo Duke y se dirigió a la escalera.

Una vez arriba, llamó a la puerta marcada con el número treinta y dos.

Unos pasos se acercaron por el otro lado.

—¿Quién es?

—Duke Martin.

—¿Con quién habló usted hace un rato por teléfono?

—Con John Rhodes.

—¿Y dónde estaba John Rhodes cuando se casó?

—En

Hong-Kong.

Duke oyó el ruido de la llave en la cerradura y la puerta quedó abierta. Empujó ésta y pasó al interior.

Vio a un hombre que respondía a la descripción que ya conocía de Jackson Poe. Sólo había una cosa que no encajaba. Aquel hombre manejaba una pistola en la diestra.

—Toma muchas precauciones, Jackson.

—Debo tomarlas porque es mi piel la que está en juego.

Jackson se retiró unos pasos sin dejar de apuntar a su visitante.

—¿De qué parte está usted, Duke?

—¿Quiere que le cuente la historia?

—Sí, hágalo.

Duke relató la aventura que había protagonizado desde que, en compañía de Lou, llegó a la oficina de Furness.

Jackson lo escuchó sin hacer ninguna interrupción.

—Después dijo:

—¿Quiere ayudarme, Duke?

—Desde luego, siempre que no me contrate para asesinar a alguien.

—Es todo lo contrario. Para que impida que me asesinen a mí.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Todavía no le he dicho lo que va a ganar.

—Dígalo ahora. Me alegra mucho oír hablar de dinero.

—Le pagaré cincuenta mil dólares.

—Es una cantidad tan alta que ya me creo en «Las Mil y Una Noches».

—Esto no es fábula, sino realidad, Duke.

—No tengo la menor duda de eso, Jackson. He visto morir a dos hombres en el hospital, y a otro lo encontré muerto en su barca.

—Todos han muerto por mi culpa, pero yo soy la verdadera pieza que deben cobrar.

—Un safari, ¿eh?

—Sí, un safari.

—¿Y quiénes forman el grupo de los cazadores?

—El capitán del «Rosa de Louisiana». Se llama David Kelton.

—¿Por qué quiere matarlo David Kelton?

—Tiene motivos importantes.

—Primero.

—Sé que trafica en drogas.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde hace más de un año.

—¿Por qué no lo denunció?

—Porque si lo hubiese denunciado, yo llevaría muerto más de un año. Un marinero tiene que aprender a oír, ver y callar, o dura muy poco en el barco en que se ha enrolado... La gente está muy poco informada de lo que es la vida a bordo... Es una profesión dura, señor Martin y no me diga que todas lo son... Puedes pasar muchas semanas sin ver tierra, en compañía de gente que da rienda suelta a sus pasiones. Todos los marineros somos gente dura por la soledad.

—¿No será al revés? ¿Qué porque les gusta la soledad se hacen marineros?

—Bueno, no he tenido tiempo para pensar en eso. Quizá tenga razón.

—Habló de dos motivos. Ya conocemos el primero. ¿Cuál es el otro?

—Mis dos candelabros.

—¿Sus dos qué...?

—Dos candelabros que encontré en Hong-Kong.

—¿Son de oro?

—Si fuesen sólo de oro, no valdrían un millón de dólares. Tienen zafiros, esmeraldas, brillantes... Y sobre todo, alcanzan ese valor por su antigüedad. Un especialista me aseguró que los candelabros fueron fabricados hace más de dos mil años.

—¿Dónde los encontró?

—En una casucha de Hong-Kong.

—¿Los compró?

—Claro.

—¿A quién?

—A un chino.

—¿Cuánto pagó por ellos?

—Un dólar por cada uno.

—¿Espera que me crea eso?

—Lo crea o no, es la realidad. El chino tenía casi la misma edad que los candelabros.

—¿No cree que exagera un poco, Jackson?

Jackson sonrió tocándose la mejilla con la mano libre.

—Bueno, el chino tenía noventa años, y yo creo que ya es llegar a viejo.

—¿Por qué le vendió esos candelabros por dos dólares?

—Es la mar de sencillo. Porque le salvé la vida... Yo pasaba cerca de su casa cuando oí gritos. Entré allí y vi que dos chinos trataban de matar a un anciano. Manejaban cuchillos... Sin titubear, me arrojé sobre uno de ellos. Rodamos por el suelo y tuve suerte. Mi enemigo se clavó su propio cuchillo... El otro tipo desapareció. El anciano se llamaba Ling Chang. Estaba en

Hong-Kong,

desde hace más de treinta años. Había venido del norte de China...

Me contó que no tenía familia. Había sido guardián de un templo...

Los dos asesinos habían ido allí para darle muerte y recuperar los dos candelabros. Ling Chang me aseguró que, desde que llegó a

Hong-Kong,

había logrado permanecer ignorado, pero que ahora que conocían su escondite sus horas estaban contadas. Le invité a que fuese a la policía. Estaba dispuesto a acompañarlo, pero él me dijo que su vida había tocado a su fin, que en algunos días moriría, y que puesto que el destino me había puesto en su camino, yo iba a ser el propietario de los candelabros... Me dijo cuál era el valor de las joyas, un millón de dólares... Yo creía estar soñando pero miraba a mi alrededor y mis ojos tropezaban con el cadáver. Eso fue bastante para cerciorarme de que aquello era realidad... Ling Chang me rogó que cogiese los dos candelabros y que me marchase si quería salvar la vida. Yo estaba aturdido, pero cogí los candelabros porque pensaba que, al fin, había llegado mi buena estrella, después de muchos años de fatigas. Antes de marcharme, Ling Chang me pidió dos dólares como precio, aclarándome que su religión le prohibía hacer regalos... No le quise preguntar qué clase de religión era la

suya. Le pagué los dos dólares y me marché.

Jackson tomó un frasco de *whisky* de la mesilla de noche.

—¿Un trago, Duke?

—Sí, me hará bien.

Duke bebió un trago del frasco, limpió la embocadura y se lo devolvió a Jackson, el cual bebió también.

Después de secarse los labios con el dorso de la mano, dijo:

—¿Encuentra interesante mi historia?

—Mucho, pero todavía hay puntos oscuros.

—¿Por ejemplo?

—Su mujer.

—Oh, sí, Nellie... Cuando me ocurrió lo de Ling Chang ya conocía a Nellie. Mi primer impulso fue mostrarle las joyas, decirle que íbamos a ser ricos, pero recordé las palabras de Ling Chang. Uno de los asesinos había escapado pero antes logró verme la cara, y debió deducir que yo era un marinero. Estaba localizado. Envolví los candelabros y los llevé al barco dejándolos guardados en mi armario. Luego fui al local donde trabajaba Nellie y le pedí que se casase conmigo. No me atreví a contarle lo de los candelabros porque empezaba a sentir miedo. Nos casamos y fuimos al hotel. De pronto, pensé que era una estupidez silenciar a Nellie mi secreto. Decidí hacer las cosas bien. Iría a por los candelabros, volvería con Nellie, y entonces se lo contaría todo... Le dije a Nellie que había olvidado algo importante y me marché.

—¿Qué pasó en el barco?

—Al llegar al «Rosa de Louisiana», el primer oficial me dijo que el capitán David Kelton quería hablar conmigo... Fui a verlo. El capitán Kelton me dijo que yo le había denunciado a la policía internacional por tráfico de drogas... Eso no era cierto, aunque él me aseguró que estaba siendo objeto de una investigación. Dijo que yo le había causado un gran perjuicio y que debía considerarme despedido. Como compensación al daño que le había causado, él se quedaba con los dos candelabros que estaban en mi armario. Era la más burda maniobra que yo había conocido en mi vida. Aquel bastardo sabía que yo tenía los candelabros. Quizá alguien me vio guardarlos y le dio el soplo. Su cinismo llegó hasta enseñármelos. Ya los había guardado en una valija. Salté sobre el capitán y le pegué dos puñetazos que lo dejaron sin sentido. Luego atrapé la

valija y corrí por cubierta. El primer oficial me descubrió y me hizo dos disparos, pero no dio en el blanco. No podía volver con Nellie, porque la pondría en peligro de muerte. Fue entonces cuando se me ocurrió lo de Patrick Furness. Era el único modo de que Nellie y yo nos volviésemos a encontrar.

—¿Cómo logró entrar en Estados Unidos los candelabros?

—Pagué una buena cantidad a un amigo mío, aviador de una Compañía. Se llama William Barker. El camufló los candelabros. Desde luego, tuve que contarle la verdadera historia. Habíamos quedado citados en su casa, pero al llegar me encontré con la primera sorpresa. El propio Barker quiso matarme cuando me negué a entregarle uno de los candelabros... Peleamos y tuve que dejarle sin sentido. Luego escapé... Me sentía acorralado. Era demasiada gente detrás de mí. Me acordé de un viejo amigo, Conrad Prescott, dueño de una barca, y traté de conseguir su ayuda para escapar, pero Conrad me dijo que su barca había dejado de navegar. Entonces llamé por teléfono a Furness y le dije que tenía en mis manos un negocio de un millón de dólares, y que le daría cien mil si me facilitaba la salida del país.

—Y usted le citó en la barca «Lolita».

—Sí, pero no acudió a la cita.

—No pudo ir porque un par de matones contratados por su mujer machacaron a Patrick enviándolo al hospital.

—A veces, los propios actos de un hombre se vuelven contra él. Quise apartar a Nellie del asunto, y sin ella proponérselo, lo ha complicado más.

—¿Dónde tiene los candelabros, Jackson?

Hubo un silencio mientras Jackson sacaba un paquete de cigarrillos. Encendió uno con la llama de un fósforo.

—Los guardé en cierto lugar.

—Bueno, si no se fía de mí, que se alivie —repuso Duke, y dio media vuelta para salir de la habitación.

—No dé un paso más o dispararé, Duke.

—¿Se atrevería a matarme?

—No me dejaría alternativa. Yo no sé si va a ir con el cuento a alguno de mis enemigos. Es el único en saber que estoy aquí.

—Le he dicho antes que quiero ayudarle, y para ello necesito saber dónde están los candelabros...

—Muy bien. Le llevaré al escondite, y luego usted y yo nos encargaremos de venderlos.

—¿Tiene ya comprador?

—No.

—Yo tengo uno.

—¿Quién es?

—Bret Grove, se dedica a las antigüedades.

—¿Tiene el millón?

—No lo tendrá cuando lleguemos, pero podrá tenerlo mañana.

—No puedo esperar tanto.

—Lo siento, pero tendrá que conformarse, Jackson. ¿Cree que alguien puede guardar un millón de dólares en su cajón del escritorio?

—Está bien, pero tendrá que procurarme también un lugar para pasar la noche. No puedo quedarme aquí. Tengo la impresión de que, de un momento a otro, me van a descubrir.

—No perdamos más tiempo. Salgamos de aquí.

Jackson guardó la pistola y se acercó a Duke. Éste abrió la puerta pero no llegó a dar un paso.

Max Simons, el novio de la guapa Melissa, estaba en el hueco con una pistola en la mano.

—Hola, pegón —saludó a Duke.

—¿Cómo está, Max? No me diga que pasó por aquí y entró para hacerme una visita...

—No sea estúpido. Vine porque me dio la real gana. Adentro los dos, y las manos en los bolsillos.

Duke retrocedió y entró Max cerrando la puerta a sus espaldas.

Jackson estaba muy pálido y Max le preguntó sonriendo:

—¿Cómo le van las cosas, marinero?

—¿Quién es usted?

—Que se lo diga su amigo, Duke.

Martin exhaló el aire de sus pulmones y dijo con voz paciente.

—Se llama Max y es el novio de Melissa Lane, que trabaja en la oficina del naviero Samuel Whitman. Tenían la ficha de usted, Jackson.

—Eso sólo quiere decir una cosa. Que Melissa se enteró del asunto de los candelabros por el capitán del «Rosa de Louisiana», David Kelton.

—Oiga, Max, propongo una cosa —dijo Duke.

—Hable.

—Dado que somos tanta gente para dos candelabros, ¿qué le parece si formamos sociedad y los vendemos y repartimos las ganancias a partes iguales?

—Muy bueno para salvar tu pellejo, Duke.

—De paso salvarás el tuyo.

—Qué miedo.

—Hay mucho asesino suelto en este negocio, Max... Sería mejor que jugases en nuestro equipo.

—Te voy a dar una sorpresa. Melissa y yo trabajamos con independencia. Ella oyó la conversación entre el capitán del barco y el naviero Whitman. Melissa y yo nos queremos mucho y nos vamos a casar.

—Sí, eso ya me lo dijiste, y os deseé mucha felicidad.

—No puede haber felicidad sin dinero.

—¿No te parece que un millón de dólares es demasiado?

—Es una cantidad que me produce escalofríos.

—Confórmate con cien mil y no sentirás los escalofríos de la tumba.

Max soltó una risotada.

—Duke, deberías trabajar en los films de terror de la TV.

—Prefiero lo cómico.

—Ya basta. Los candelabros, Jackson.

—No los tengo.

Max arqueó el dedo en el gatillo.

—Puedo matarlo y buscar después.

Duke intervino.

—Yo en tu lugar no haría eso, Max.

—Pero no estás en mi lugar y quiero ese millón de dólares para mí, sin rebajas.

Duke se volvió a Jackson Poe.

—Jackson, será mucho mejor que saques los candelabros de debajo de la cama.

—Sí, tienes razón.

Jackson se dirigió hacia la cama, y se arrodilló.

Duke estaba mirando a Max y vio que desviaba los ojos para vigilar a Jackson.

Saltó sobre él pegándole en la muñeca.

Max lanzó un aullido de dolor mientras perdía la pistola.

CAPÍTULO X

Sin detenerse un segundo, Duke pegó un rodillazo a Max en la cara.

El guapo novio de Melissa rodó por el suelo y chocó contra la pared, quedando inmóvil.

Duke atrapó la pistola de Max y se la guardó en el bolsillo.

Jackson ya se había levantado.

—Fue un buen trabajo, Duke.

—Larguémonos.

Bajaron la escalera.

La comprometedora chica del registro sonrió a Duke mientras repetía:

—Sigo saliendo a las siete.

—No lo olvidaré aunque viva un millón de años.

Fueron a la calle y tomaron un taxi.

Jackson dio al chofer la dirección de una estación de autobuses. Luego se relajó en el asiento mientras murmuraba:

—No podré resistir mucho esto, Duke. Estoy sin pegar ojo desde hace varios días.

—Me hago cargo.

—Hay momentos en que maldigo la hora en que se me ocurrió aceptar los candelabros de aquel viejo chino. Quiero a Nellie, me casé con ella y todavía no hemos podido pasar media hora juntos.

—Ya llegará la compensación.

—Eso espero.

Despidieron el taxi en la estación de autobuses.

—¿Nos han seguido, Duke? —preguntó Jackson Poe.

—No lo noté.

—Yo tampoco... Será mejor que entremos.

En la estación de autobuses había muchas personas.

Dos policías hablaban de sus cosas al lado de una rubia que besaba fuertemente a un soldado.

Fueron hacia la derecha y poco después llegaron al lugar donde se encontraban las cajas de seguridad.

Duke y Jackson caminaron por uno de los corredores y luego torcieron muchas veces a la derecha o la izquierda. Finalmente, Jackson hizo una señal y se detuvieron. En aquel lado sólo había una anciana que estaba sacando algo de una caja, un cofre. Lo hacía con mucha devoción.

Jackson miró a la anciana con el ceño fruncido porque le molestaba su presencia.

—¿Qué hace ahí esa mujer?

—Quizá recoge las cenizas de su marido.

—No me gusta.

—Un poco de paciencia, Jackson, No podemos ver a un enemigo en cualquier persona que esté cerca de nosotros.

—Sí, tienes razón.

Jackson sacó una llave, la cual introdujo en la cerradura que correspondía al armario 144.

Sonó un chasquido.

Jackson miró otra vez a la anciana, pero la vio entretenida con el cofre que contenía algo importante para ella.

—Listo, Jackson —dijo Duke.

El ex marinero abrió la puerta del armario, metió la mano y sacó una pesada valija. Luego cerró muy aprisa la caja y guardó la llave.

—Ya nos podemos ir —dijo.

Los dos echaron a andar.

De pronto, la anciana se volvió hacia ellos.

Jackson soltó un grito y Duke se preparó para saltar.

La anciana les sonrió diciendo:

—¿Me podrían decir qué hora es? —Sonreía humildemente.

—Claro, señora —repuso Duke y consultó su reloj.

—¡No se lo digas, Duke! —exclamó Jackson.

Duke enarcó las cejas, volviendo a mirar otra vez a la mujer. Tenía la mano izquierda en el interior de su bolso.

Jackson se disponía a sacar la pistola.

La anciana parecía desconcertada.

—Sólo quería poner mi reloj en hora —explicó.

Efectivamente, del bolso sacó un reloj.

—Son las cinco y diez —dijo Duke y dirigió una mirada de reconvención a Jackson.

—Gracias —contestó la anciana otra vez sonriente, y movió las saetas del reloj.

—Siempre a sus órdenes, señora —dijo Duke.

Jackson había echado a andar otra vez para salir de allí.

—Lo siento, Duke, pero creí que iba a sacar una pistola.

—Alto ahí —oyeron a la anciana por detrás—. Acabo de sacar una pistola del bolso. Si dan un paso más, los derribo.

Los dos amigos cerraron los ojos y Jackson dijo:

—¿No te lo dije, Duke? Nos está apuntando.

Duke volvió la cabeza y miró a la anciana. Ahora su cara era la del mismo demonio. Sus ojos eran fosforescentes, y su sonrisa era más ancha, mostrando unos dientes incisivos. Era el vivo retrato de una mujer con la razón extraviada.

—¿Qué es lo que quiere, buena anciana?

—¿Usted qué cree?

—Ya entiendo. Su reloj se estropeó. Muy bien, no se preocupe, yo le regalaré el mío —así diciendo Duke fue a despojarse de su reloj.

—No haga eso, señor Martin.

—¿Me conoce?

—Claro que le conozco.

—Ah, sí, ya comprendo. Me conoce porque he entablado conversación con usted en el Parque Central. Voy allí todos los jueves a dar comidita a las palomas, y acostumbro a pegar la hebra con los ancianitos... Me gustan por lo simpáticos que son...

—Imbécil.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Imbécil! Yo no soy una ancianita simpática.

—No se irrite, señora Holmes.

—¿Holmes? Yo no soy la señora Holmes.

—Pues se parece mucho a ella.

—Soy la señora Smith.

—No me diga que su hijo es Isaías Smith, un tipo rubio que hizo el servicio militar conmigo en el Pacífico.

—Mi hijo no se llama Isaías, sino Jack.

—Ah, sí, el fontanero.

—Nada de fontanero, y como trate de buscarme otro hijo, le meto una bala.

—No se ponga así, señora Holmes.

—¡Ya le dije que no soy la señora Holmes! —exclamó la vieja pegando una patada en el suelo.

—No se excite, buena mujer, no se excite. Es malo para su cabeza —dijo Duke yendo hacia ella.

De pronto saltó.

La anciana apretó el gatillo y la bala chocó contra una de las cajas y rebotó marchándose por el aire.

Duke, en el último momento, había logrado desviar la mano armada, y luego su puño derecho chocó contra el maxilar de la anciana, la cual cayó en el suelo, y golpeó la cabeza contra los armarios.

—No soy la señora Holmes —repitió poniendo los ojos en blanco y se desmayó.

—A correr, Duke, la policía vendrá enseguida.

Efectivamente se oían gritos.

—Disculpe, señora Holmes —dijo Duke y echó a correr tras de su amigo.

—¿Quién era ella, Jackson?

—No tengo la menor idea.

—Demonios, yo también perdí la cuenta de los enemigos. Tendremos que reunirlos y pedirles que se numeren.

—Puede trabajar por cuenta de cualquiera de ellos.

—O ser la abuela de algún bastardo.

Muchas personas miraban de un lado a otro porque todavía no habían podido localizar el disparo.

Los dos policías que hablaban de sus cosas corrían hacia allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de ellos a Duke.

—Según he oído, han desvalijado a una anciana. No sé dónde vamos a ir a parar.

Los dos policías hicieron una mueca, y fueron muy aprisa hacia el lugar de donde Duke y Jackson venían. De esa forma, los perseguidos pudieron ganar fácilmente la calle.

—¿A dónde vamos, Duke? —preguntó Jackson.

—Al hotel de Alma Rick —dijo Duke—. Es el mejor refugio tal

como están las cosas.

CAPÍTULO XI

Alma Rick arrugó la nariz al ver a Duke Martin en compañía de un desconocido.

—Duke, ¿quién es él?

—El marido de la chica que nos acompañó.

—No me gusta.

—Pues es un buen mozo.

—No me refería a su aspecto físico, sino al lío.

—¿Qué lío, Alma?

—Lo olfateo en el aire.

Duke soltó una risita irónica.

—Pues tendrás que ir al veterinario para que te ponga en tratamiento.

—¡No consiento que...!

—No quise insultarte. Alma. Sólo hice un chiste. —Duke palmeó la espalda de Jackson—. Este hombre no tiene ningún problema. Te lo juro.

Mientras decía esto, Duke cruzaba dos dedos de la mano que tenía en la espalda.

—¿Se va a alojar tu amigo? —inquirió Alma.

—No. Sólo vino a charlar un rato con su mujer.

Alma dio un respingo.

—Aquí no va a pasar ningún rato con su mujer.

—Quise decir que viene a visitarla... Vamos, muchacho —dijo Duke a Jackson y subieron la escalera.

Alma se quedó rezongando por lo bajo.

Arriba, Duke llamó en la puerta de Nellie.

Le contestó la voz de su amigo Lou.

—¿Quién es?

—Abre, Lou. Soy yo, Duke.

Lou abrió y Duke invitó a entrar a Jackson.

Nellie estaba sentada en el borde de la cama, y al ver a su marido, pegó un salto.

—¡Jackson!

El marinero dejó la valija en el suelo y corrió hacia su mujer.

Los dos se abrazaron fuertemente y se besaron.

Lou se rascó el cogote.

—Conque es el marido...

—Sí —contestó Duke.

—¿Y qué hay en la valija?

—Dos candelabros que valen un millón de dólares.

¡Cielos, era verdad! —Lou se frotó las manos—. Por fin vamos a hacer un buen negocio... Y pensar que todo empezó cuando nos dejamos caer por la oficina de Patrick Furness.

—De Patrick Furness me voy a encargar yo cuando salga del hospital. Lo enviaré allí por otros dos meses.

—¿Qué pasó, Duke?

—Pasó que dijo muy pocas verdades... ¿Te acuerdas de lo que nos contó de la carta...? Fue una burda mentira. Jackson Poe nunca le escribió una carta.

—La inventó, ¿eh?

—Debí imaginarme que Patrick Furness no puede decir una verdad entre cien afirmaciones.

—¿Y por qué inventó lo de la carta?

—Por la sencilla razón de que hay individuos así, que mienten y mienten cada vez que hablan. Sufren un complejo de inferioridad, y creen ver un enemigo o un rival en la persona que se enfrenta con ellos, incluso entre los que pretenden ayudar. Es un caso de enfermedad mental...

—Sí, Duke, estoy seguro de que tienes toda la razón del mundo. Pero lo importante es que tenemos el tesoro.

Durante todo el rato, Jackson y Nellie se estuvieron besando.

—Nena, ¿cómo estás? —Recuperó la respiración Poe.

—Muy bien, pero tendría que sacarte los ojos por desconfiar de mí.

—No se trata de que desconfiase de ti, sino de que no me quería quedar viudo.

—¿Ya han dejado de perseguirte?

—Sólo de momento.

—Pero ¿quiénes están detrás?

—Hay muchos, Nellie.

Lou escuchaba aquello con la boca abierta.

—Duke, ¿es verdad lo que dice Jackson?

—Sí, Lou.

—Que vengan aquí y verán lo que les hago —exclamó el grandullón levantando los puños.

Nellie preguntó:

—Jackson, ¿sabes ya quiénes son?

—Tenemos donde elegir. En primer lugar está el capitán del «Rosa de Louisiana» que, según parece, está en combinación con el naviero Whitman.

Duke intervino.

—Luego tenemos a Melissa Lane y a su novio Max, que según el propio Max, trabajan por su cuenta.

—Te olvidaste de mi amigo el aviador que trajo los candelabros, William Barker... Quizá la anciana de la estación de autobuses trabaja para él.

Nellie preguntó:

—¿Y qué hay del hombre con la máscara de plástico que mató a Clarence y a Bing?

Duke había contado esa parte de la historia a Jackson y éste dijo:

—Seguro que es cualquiera de las personas que ya hemos nombrado.

Lou seguía mirando a uno y a otros con la boca abierta. Ahora él hizo chascar los dedos.

—Os olvidáis de alguien.

—¿De quién? —preguntó Nellie.

—Del hombre que se cargó a Conrad Prescott, y puso en la barca «Lolita» la bomba para acabar con nosotros.

—Bueno —contestó Duke—. También puede ser cualquiera de los que quieren los candelabros.

Lou se rascó el cogote.

—A mí el que más me escama es el tipo de la máscara de plástico. Daría cualquier cosa por tenerlo delante de mí.

En ese momento se abrió la puerta y una voz dijo:

—Aquí me tiene, elefante.

Todos miraron hacia allí y vieron al hombre con la máscara de plástico. Otra vez tenía la pistola con silenciador en la mano.

Entró en la estancia y cerró tras de sí.

Ninguno de los sorprendidos había abierto la boca y fue el propio desconocido el que dijo:

—Gracias por haber traído los candelabros, Jackson.

—Se equivoca, amigo —dijo Duke—. No trajimos los candelabros.

El hombre de la máscara pegó una suave patada al maletín que estaba en el suelo.

—¿Y qué es eso?

—La merienda de Lou.

—Entiendo, cocos y avellanas.

—No debería ofender de esa forma a Lou. Es un ser humano.

—Oh, sí, también él tiene su corazoncito.

Lou dijo irritado:

—Eh, amigo, ya me está cansando con sus chistecitos. ¿Por qué, para variar, no los hace a costa de su padre?

—Ya murió.

—Pues lo siento —dijo alargando la mano como si fuese a darle el pésame.

El hombre de la máscara se desconcertó unos segundos, a pesar de que en el hospital había demostrado ser un hombre que apretaba el gatillo sin vacilar.

Lou lo atrapó por la muñeca y tiró de él.

Fue digno de verse. El hombre enmascarado cruzó la habitación como un bólido y se estrelló contra la pared.

Cayó en el suelo y ya no pudo decir ninguna grada porque se desmadejó.

Duke se apresuró a quitarle el arma.

—Quiero saber quién es —dijo Jackson.

Duke quitó la máscara del tipo. No lo había visto en su vida.

—¡Es William Barker, mi amigo, el piloto...! —exclamó Jackson.

—Pues ya no podrá conducir ningún avión —dijo Duke—. Está muerto. Se tronchó el cuello.

Lou se miró las manos y gimió:

—No quise hacer eso, Duke.

—No te recrimines. Recuerda que este hombre nos quiso matar, y que en el hospital se puso a repartir plomo a discreción. Mató a Clarence y a Bing, y quiso matarnos a todos... Fue un buen trabajo, Lou.

—Pero ¿qué dirá la policía?

—Tienes tres testigos de que ha sido una legítima defensa. Este tipo no se habría ido con los candelabros sin matarnos, y apuesto a que no hubiese tardado ni un segundo en chorrear plomo. Su pistola, como en el hospital, estaba provista de silenciador...

—Sí, Duke... Tienes toda la razón.

—Pero será mejor que cierres la puerta con llave, no vaya a ser que entre más gente.

—Es una buena idea.

Lou dio vuelta a la llave.

Nellie y su esposo no habían dejado de abrazarse.

—Jackson, ¿cuándo va a terminar esto? —preguntó la joven.

—Muy pronto. Duke tiene un amigo, Bret Grove, que nos comprará los candelabros. Luego, tú y yo, nos iremos a Río de Janeiro.

—¿No te parece demasiado cerca? —sonrió Nellie.

En aquel momento golpearon en la puerta.

—¡Ya hay otro aquí! —exclamó Lou, asustado.

—¿Quién es? —preguntó Duke.

—¡Abran a la ley!

Lou agrandó los ojos.

—¡Duke, es Timothy Flagg, el sargento!

El sargento de la Brigada de Homicidios, Timothy Hagg, no podía ver ni en pintura a los dos amigos. Cada vez que se metían en un lío en Nueva York, Lou y Duke tenían que enfrentarse con Flagg.

—¿Qué ley? —preguntó Duke Martín.

—No se haga de nuevas, Duke. Sabe perfectamente quién soy yo.

—¿El agente de tráfico Norman Teropopulos? —Duke estaba haciendo señales para que metiesen al muerto en la cama.

Lou no le comprendió, pero tuvo éxito con Jackson Poe.

La voz del sargento tronó desde el corredor:

—Soy Timothy Flagg, el sargento de la Brigada de Homicidios, Duke, y esto que está haciendo le va a costar caro.

—¿Qué quiere, sargento?

—Ahí está pasando algo.

—Claro que está pasando. Estamos reunidos cuatro ciudadanos.

—¿Qué ciudadanos?

—Tres hombres y una mujer.

—¡Son ustedes peores que los franceses!

—Sargento, se irá al infierno por tener esos malos pensamientos... Aquí estamos Lou y yo, y las otras personas son marido y mujer.

Jackson había conseguido ya la colaboración de Lou. El muerto estaba en la cama con el embozo hasta la barbilla.

Duke suspiró y dio la vuelta a la llave.

El sargento Flagg se precipitó por el hueco.

Era un tipo tan grande como Lou, de cabeza en forma de huevo, con ojos muy juntos, mejillas anchas y nariz muy pequeña.

El representante de la Ley dirigió una mirada rápida en su tomo y al ver al hombre que estaba en la cama gritó:

—¡Habló de cuatro ciudadanos y son cinco!

—No le cité a mi amigo William, porque está durmiendo — repuso Duke.

—¿Cómo puede dormir con tanto raído?

—Trabajó mucho hoy.

—Ustedes también trabajaron mucho.

—Desde luego. Somos dos personas muy trabajadoras.

—Matando.

—¿Eh?

—¿Green que me chupo el dedo...?

—Imagino que se lo chupa cuando lo unta de mantequilla.

—Les conozco bien, Duke, y esta vez no conseguirá que le siga en uno de sus condenados argumentos.

—¿A qué se refiere, sargento?

—A esa forma que tiene usted de darle vueltas y vueltas a un asunto para apartarse de lo principal.

—No le entiendo, sargento.

—Yo se lo diré... ¿Se acuerda aquella vez en que ustedes se metieron en un asunto y hubo seis muertos?

—Oh, sí, se refiere a aquel caso que nos acusó tres veces de asesinato, dos veces de homicidios en primer grado y uno de

homicidio en segundo grado.

—Exacto.

—Y luego se demostró que éramos inocentes de todos los cargos.

Timothy Flagg se puso rojo.

—Duke, esta vez tengo pruebas.

—¿De qué tiene pruebas?

—Estaban en el hospital de San Vicente, en la habitación trescientos cincuenta y dos, cuando fueron muertos a tiros dos hombres.

Duke se volvió hacia Lou.

—Lou, ¿recuerdas algo de eso?

Su amigo miró al techo.

—No lo sé, Duke. Tengo tan mala memoria...

Timothy Flagg soltó un rugido.

—Ya les advertí que no les valdrían las triquiñuelas —cambió de expresión súbitamente y rió, aunque lo hizo como debió reír Judas después de su fechoría—. Hay más... También estaban en las proximidades de la barca «Lolita» en el muelle veinticuatro, cuando estalló el bombazo que causó la muerte de un pobre viejo...

—¿Muelle...? ¿Barea...? ¿Bombazo? —repitió sucesivamente Duke, y tras soltar un suspiro, agregó—: Sargento Flagg, no sabemos de qué nos habla...

El sargento borró la sonrisa y apuntó a Duke con el dedo.

—Estoy esperando al teniente Hunter. Llegará de un momento a otro... Esta vez no les valdrá ningún truco, Duke. Va a caer sobre ustedes todo el peso de la ley. No salgan de la habitación. Iré al registro un momento, pero volveré en seguida... Y ya pueden ir despertando a ese amigo suyo porque quiero hacerle unas preguntas.

El sargento Flagg dio la vuelta con rapidez y salió de la habitación pegando un fuerte portazo.

Lou corrió hacia la ventana.

—Eh, ¿a dónde vas, Lou? —preguntó Duke.

—¡Hemos de escapar por el tejado!

—El tejado está demasiado lejos.

—¡Hay que saltar!

Lou se asomó a la ventana y volvió a meterse diciendo:

—El suelo está más lejos.

—Sólo hay una solución —dijo Duke—. Marcharnos por la puerta...

—Vamos.

Todos se pusieron en marcha.

Duke abrió la puerta, pero inmediatamente los cuatro se quedaron quietos al ver a la persona que había al otro lado, apuntándoles con una pistola.

CAPÍTULO XII

Era un tipo alto, moreno, de unos cincuenta años de edad, de nariz un poco torcida a la izquierda.

—¡Capitán Kelton! —exclamó Jackson Poe.

—Hola, Jackson... Todos atrás.

Los cuatro retrocedieron y el capitán Kelton entró en la estancia y cerró a sus espaldas.

—Capitán Kelton —dijo Jackson Poe—, sería mucho mejor para usted no haber venido.

—¿Y perderme un millón de dólares...? Jackson, es usted un idiota.

—Claro, fui un idiota cuando permití que me robase usted los dos candelabros en Hong-Kong.

—La vida es así.

Duke preguntó:

—¿Cómo es la vida, capitán?

—Unos ganan y otros pierden.

—Oh, sí, eso es cierto, pero podíamos ganar todos. Bastaría con no ser tan ambiciosos. ¿Por qué quererlo todo, cuando se puede repartir...?

—Usted es Duke Martin, y se ha ganado una bala en el espinazo.

—Ahí me dolería mucho, capitán. ¿Le da lo mismo en una mano?

—Ahora se está ganando otro plomo en la boca.

—Capitán, usted se está ganando la silla eléctrica y todavía no se dio cuenta.

—¿Me río ahora o lo dejo para después?

—Por mí, puede reírse ahora hasta que le salgan lágrimas de los

ojos.

—Entonces, lo dejaré para cuando haya hecho mi negocio con los candelabros.

—No hay candelabros.

—¿Y qué es ese maletín que sostiene Jackson con la mano?

—Ropa sucia del otro huésped de la habitación.

—¿Qué huésped?

—El que está en la cama, y si me pregunta qué cama, ahí la tiene...

Kelton miró al hombre que estaba en la cama, y Duke aprovechó el momento para saltar.

Pegó un rodillazo a Kelton en el bajo vientre, y el capitán se estremeció, pero no dejó caer la pistola que movió hacia Duke.

Éste le atrapó por la muñeca.

Los dos perdieron el equilibrio y cayeron en el suelo.

Sonó un estampido que resultó bastante apagado, debido a que se había producido entre los dos estómagos, el de Kelton y el de Duke.

El capitán del «Rosa de Louisiana» soltó un gemido y rodó hacia la pared.

Al quedar quieto, dejó escapar un estertor y expiró.

Duke se puso en pie.

—Faltó poco para que no lo contase —dijo.

Jackson ya había corrido hacia la puerta echando otra vez la llave.

—¡Eh, Jackson!, ¿qué haces? —exclamó Lou—. ¡Hay que escapar de aquí cuanto antes!

En aquel momento golpearon en la puerta.

Lou se tambaleó como si hubiese sido el golpeado.

—¡Abran a la ley! —rugió la voz de Timothy Flagg.

Duke contestó:

—Sargento, ¿por qué no nos deja en paz? Ya estuvo aquí antes y vio que todo estaba en orden.

—Está conmigo el teniente Hunter, Duke.

—Pues dígle al teniente Hunter que un día de estos pasará por la comisaría para felicitarle por la solución de su último caso, aquél en que le entregué yo al asesino.

Se oyó otra voz desde el corredor.

—No hace falta que vaya por mi oficina, Duke. Aquí estoy para que me felicite personalmente.

—¡El teniente Hunter! —exclamó Lou y se movió buscando puertas inexistentes.

—Tranquilízate, Lou —le aconsejó Duke.

—¡Y un cuerno me voy a tranquilizar! Esta vez no hay salvación para nosotros. ¡Pusimos la habitación perdida de cadáveres...!

—A la cama con el capitán, Jackson.

El esposo de Nellie dejó caer la valija en el suelo, la empujó bajo la cama y corrió hacia el capitán Kelton. El sargento Flagg rugió otra vez.

—¿Qué es lo que están haciendo? ¡Abran de una vez o echo la puerta abajo...!

Lou ya no servía para ayudar a nadie, y tuvo que ser Duke quien echase una mano a Jackson para llevar el cadáver de Kelton a la cama. Lo tendieron junto al aviador y lo arrojaron.

Finalmente, Duke acudió a la puerta y abrió.

El sargento Flagg se precipitó de nuevo en la habitación seguido del teniente Hunter.

—Aquí están, teniente. Todos reunidos en pandilla... ¿Qué hace una mujer con tanto hombre en una habitación?

Jackson gritó:

—¡Eh, sargento, no le consiento...!

—¡Silencio! —gritó Flagg.

Duke le puso un dedo delante de las narices.

—¡Sargento, todo cuanto diga se le tendrá en cuenta en su juicio!

Flagg quedó desconcertado durante unos instantes, y de pronto gritó:

—¡Duke, yo soy el policía y usted el delincuente!

—Ya cometió su primer error, sargento. Lo demandaré por esa calumnia.

El teniente Hunter, un hombre de rostro bien parecido y ademanes calmosos, carraspeó:

—Sargento, ¿quiere callarse?

—Sí, teniente, pero usted ya sabe que este tipo me pone nervioso...

—Tranquile los nervios o no llegaremos a ningún resultado.

—Sí, señor —contestó Flagg pegando un resoplido.

Lou trataba de cubrir los cadáveres con su corpachón y, para ello, se movía de un lado a otro cada vez que el teniente miraba hacia la cama.

—¿Quiere estarse quieto, Lou? —dijo el teniente.

—No puedo, teniente.

—¿Por qué no puede?

—Comí patas de rana.

El sargento Flagg intervino:

—¿Quiere que lo espese, teniente?

—Todavía no.

Duke soltó una risita.

—Teniente, siempre he sentido admiración por usted.

—Muy amable.

—Pero va a echar por tierra su fama si empieza a imitar al sargento.

—No empiece con historias, Duke... Han sobrevenido varias muertes en muy poco tiempo, y usted y Lou están relacionados con ellas. Debería agregar: Como siempre, si no fuese porque en Nueva York se comete algún homicidio o asesinato con el que ustedes no están relacionados.

—Muy amable, Hunter —le devolvió la pelota Duke.

—¿Quién mató a Bing Penn y a Clarence Wayne, en la habitación número trescientos cincuenta y dos del hospital de San Vicente?

Lou se volvió para señalar al piloto William Barker, pero se dio cuenta del error que iba a cometer y recuperó su posición normal, cubriendo los cadáveres, mientras decía.

—Nosotros no fuimos, teniente, porque estábamos dentro.

—Gracias por admitirlo. Estaban en la habitación con el paciente Patrick Furness... ¿De acuerdo, Duke?

—Lo admitiré.

—Ahora dígame, ¿quién los mató?

—Un hombre que se cubría con una máscara de plástico.

—¿Cuál fue el motivo de que el hombre de la máscara empezase a disparar contra las personas que estaban en la habitación? Les advierto que ése es un extremo comprobado porque hemos encontrado balas en las paredes y en el techo, amén de las que el

forense extrajo de los cuerpos de los interfectos.

—Le voy a dar la sorpresa, teniente —dijo Duke.

—Adelante.

—Aquel fulano se puso a disparar porque estaba loco.

El teniente cerró los ojos y los volvió a abrir.

El sargento Flagg fue más elocuente. Se puso a dar gritos.

—¡Teniente, deje que les ponga las esposas, que los lleve a la comisaría y que los encierre en una habitación...!

—Y que los atormente —dijo Duke—, ¿verdad, sargento?

—Eso es —asintió Flagg hecho un lío, pero enseguida gritó—: ¡No habrá tormento porque cantarán en menos de cinco minutos todo lo que yo quiera!

—¿Lo conseguirá por hipnosis, sargento?

El teniente medió.

—¡Cállese, Duke! ¡Soy yo el que lleva este caso!

—Como quiera, teniente, pero ya le he dicho que acabará como el sargento Flagg, viendo muertos por todas partes...

El sargento apartó a Lou de un manotazo.

—Quítese del medio.

—¿Para qué?

—Quiero despertar al tipo...

El sargento se quedó con la boca abierta.

—Teniente...

—¿Qué pasa, sargento?

—Ahora hay dos tipos durmiendo en esta cama.

Duke intervino:

—¿Qué tiene de extraño, sargento? ¿Para qué están hechas las camas, sino para dormir?

—Pero ¿dónde estaba el otro cuando yo llegué antes?

—En el cuarto de baño... Se limpiaba los dientes... ¿Qué es lo que hace usted antes de meterse a la cama...? ¿Por qué lo pregunto? Le pega la gran bronca a su mujer... ¿O debo pensar que es ella quien se la pega a usted y por eso tiene tan mal humor y trata de desahogarse con los inocentes que encuentra en su camino...?

Flagg hizo una mueca horrible, y ya iba a soltar una retahíla de amenazas sobre Duke Martin, cuando el teniente exclamó:

—Sargento Flagg, no continúe.

—¡No, señor, pero es que este hombre me saca de quicio! ¡Y siempre está de suerte...! Teniente, lo llamé para que viniese aquí porque tenía la esperanza de que podía encontrar un muerto. Admito que fallé, teniente, pero si tenemos un poco de paciencia, seguro que no tardarán en relacionarse con cadáveres.

—Sargento, esta vez no falló —repuso el teniente Hunter—. Estos hombres que están en la cama no duermen... Están muertos.

CAPÍTULO XIII

El sargento Flagg soltó una risa de hiena.

—¡Dos cadáveres...! Y están aquí, calentitos todavía...

Tiró del embozo dejando al descubierto a los muertos.

—Teniente, uno tiene una herida de bala en el estómago... Y el otro tiene la cabeza al revés porque le troncharon el cuello. Eso prueba que hubo sadismo.

Lou corrió hacia la ventana y quizá se hubiese arrojado por ella si Duke no le hubiese puesto la zancadilla.

Lou trastabilló y estrelló la cabeza contra la pared.

El sargento Flagg sacó la pistola.

—Todo el mundo quieto, o vuelo cabezas.

—Eh, sargento, ¿por qué no deja el melodrama? —dijo Duke.

—Es usted el que va a representar ahora, Duke, pero no le valdrá de nada. ¿Verdad, teniente? Esta vez les pillamos con las manos en la masa, y ningún poder sobre la tierra será capaz de librarlos...

Duke se dirigió a Hunter que permanecía callado.

—¿Puedo hablar con usted, teniente?

—Empiece.

—Lou mató a «Cuello Tronchado» y yo me cargué al otro.

El sargento agrandó los ojos.

—¡Díganme que es verdad lo que estoy escuchando...!

¡Una confesión de doble crimen...! ¡Lo ha dicho...! ¡Lo ha dicho...!

Duke hizo una mueca.

—Sargento, cierre el pico o avisaré a los loqueros, para que le pongan la camisa de fuerza.

Flagg soltó otra vez su risa de hiena.

Hunter chascó los dedos haciéndole callar, y luego preguntó a Duke:

—¿Quiénes son?

—El del cuello troncado es William Barker, el tipo que, utilizando la máscara de plástico, entró en la habitación trescientos cincuenta y dos del hospital de San Vicente y se cargó a Clarence Wayne y a Bing Penn.

—¿Y el otro?

—Capitán de la marina mercante David Kelton. Comandaba el cargo «Rosa de Louisiana», fletado por la Compañía Naviera Whitman.

El teniente Hunter frunció el ceño.

—Está dando demasiadas facilidades, Duke. ¿Por qué?

—Porque mi deber de ciudadano me exige la colaboración con la policía.

—Ja —dijo el sargento Flagg.

—Basta, Flagg —dijo el teniente, pero también él arrugó la nariz como si oliese a podrido—. Duke, ¿por qué tía tantas explicaciones?

—Para demostrarle que Lou y yo hemos obrado como debimos obrar.

—Matar no está permitido a nadie. Ni siquiera a los tipos como ustedes.

—Pero uno tiene que matar para impedir que lo maten...

—¿Para qué cree que está la policía?

—A veces no hay tiempo para avisar a la policía... Y aquí están como ejemplos los casos que le estoy exponiendo, teniente... Primero entró el piloto William Barker, y también llevaba máscara. Observe su pistola. Está provista de silenciador. Llegó dispuesto a soltar plomo... Lou le golpeó y Barker cayó de mala manera y se partió el cuello... R. I. P... Vamos con el segundo... Entró poco después de marcharse el sargento. Si Flagg fuese un policía eficiente, lo habría sorprendido en el corredor.

Flagg fue a protestar, pero el teniente le fulminó con la mirada, reduciéndole al silencio.

Duke prosiguió:

—El capitán Kelton también traía su pistola y ya iba a liquidarme, pero yo lo distraje un momento y cal con él en el suelo. El arma se disparó y Kelton recibió la bala.

—Maldita sea, teniente —gritó Flagg—. ¡No le creerá todo eso...!

Nellie intervino.

—Teniente, juro que todo lo que ha dicho Duke Martin es verdad.

Jackson Poe sacudió la cabeza.

—Yo también sostengo esa confesión, teniente.

—Y yo —dijo Lou.

—Usted se calla, búfalo —gritó Flagg.

—¿Se ha mirado en el espejo, sargento? —dijo Lou, que había recuperado su belicosidad—. Es lo más parecido a un hipopótamo...

—¡Silencio! —ordenó otra vez el teniente.

Durante unos instantes, nadie pronunció una sola palabra en la estancia.

Hunter estaba pensativo. Al fin se dirigió a Jackson Poe:

—Estuve hablando con su primo, señor Poe, y me contó cierta historia de un millón de dólares...

—Mi primo siempre ha sido un fantástico.

—No sea ingenuo, Jackson. Aquí están muriendo como moscas y un millón de dólares podría justificar tanto cadáver...

Nellie puso una mano en el brazo de su marido.

—Jackson, ¿no sería mejor que contases la verdad?

—Sí, Nellie, creo que es lo mejor.

—Eh, amigos —medió Lou—, nosotros también tenemos parte en los candelabros, de modo que será mejor que no cuente nada.

—Conque unos candelabros, ¿eh? —dijo el sargento Flagg.

Lou se mordió el puño y enseguida gritó:

—¿De qué está hablando, sargento? ¡No sabe lo que dice!

El teniente Hunter hizo chascar autoritariamente los dedos para imponer un nuevo silencio.

—Está bien, Jackson. Cuente la historia de los candelabros.

Jackson Poe hizo un relato de su aventura.

Cuando hubo terminado, el teniente dijo:

—Tengo que detenerlos a los cuatro.

—¿Cuál va a ser el cargo, teniente? —preguntó Duke.

—¿Tiene alguna duda, Duke?

—Desde luego.

—De acuerdo. Entonces se lo diré... Complot en varias muertes.

—No puede estar hablando en serio. Nosotros no nos confabulamos para matar a nadie.

—Lo dejaremos en sospecha.

—Entonces déjenos en libertad.

—Eso tendrá que seguir su curso, y es el juez quien debe establecer la fianza. Además, ya me está liando.

—¿Por qué dice, eso teniente?

—Porque la siguiente pregunta va a ser: ¿Dónde están los candelabros? Usted la ha imaginado y me está, distrayendo conforme a su táctica... Pero debería cambiar, Duke. Ya lo tengo demasiado oído.

—Me atrapó de nuevo, teniente, y yo mismo diré dónde están los candelabros.

—¿Dónde?

—En la estación de autobuses del Suroeste de la Compañía Viajes y Recreos...

—Otra vez falló, Duke. No está en forma.

—¿Qué pasa?

—Recibimos un informe de esa estación de autobuses. Dos hombres atacaron a una anciana y ella describió a sus agresores. Usted y Jackson fueron los delincuentes... ¿Qué iban a hacer ustedes en una estación de autobuses? Sólo una cosa. Se llegaron allí para retirar los candelabros.

—Pero no los retiramos.

—Eso no lo puedo creer.

—Lo crea o no, es verdad.

—Ustedes retiraron los candelabros del armario en que Jackson Poe los había escondido y vinieron a este hotel con ellos... Por eso, fueron apareciendo los otros moscones... Era el mejor momento para apoderarse de los candelabros, y fue el motivo para que pusiesen toda la carne en el asador, quiero decir para que se presentasen con la pistola dispuestos a todo.

Duke no pudo por menos que admirar la forma de raciocinar del teniente. No, Hunter no era un tarugo como Flagg.

—Ya terminé —dijo Hunter—. Ahora quiero los candelabros...

—Yo se los daré —repuso Lou.

El grandullón se agachó bajo la cama y atrapó el maletín.

Al levantarse, lo arrojó sobre el sargento. Éste soltó la pistola

para agarrar el maletín.

Duke cargó sobre el teniente con el hombro y lo derribó contra la pared.

Lou pegó un puñetazo en la mandíbula del sargento y éste soltó el maletín y cayó desvanecido.

Duke ya estaba abriendo la puerta y escapó por el hueco seguido de Lou, que sujetaba el maletín.

Los esposos Poe anduvieron un poco remisos porque, no conocían la forma de operar de Duke y Lou.

El teniente bramó:

—¡Quietos, ustedes, o me obligarán a disparar...!

Los dos amigos bajaron la escalera como exhalaciones.

Alma Rick desde el registró gritó:

—¿Qué pasó arriba, Duke?

—El teniente ya se hizo cargo de dos cadáveres...

—No, maldita sea... ¡No puede volver a ocurrir! —dijo Alma Rick, pero ya Duke y Lou estaban en la calle.

CAPÍTULO XIV

Duke y Lou habían terminado de correr y recuperaban el resuello.

—¿Por qué huimos, Duke? —rezongó Lou—. Estoy pensando qué habría sido mejor caer en manos del teniente.

—Hicistes lo que debiste hacer, Lou.

—Quisiera convencerme a mí mismo.

Duke pegó una palmada al maletín que Lou sujetaba.

—Aquí están los candelabros que valen un millón de dólares, y ten la seguridad de que habríamos pasado la mano por la pared si la policía nos echa el guante. Quiero decir, que se habría tardado en demostrar la propiedad de Jackson Poe, aunque él tiene una cosa a su favor, y es que pagó dos dólares por los candelabros. Ante la ley americana, él es el único propietario, pero ya te he dicho que sería laborioso, puesto que el viejo chino de Hong Kong no le dio la factura, y estas joyas entraron de contrabando en nuestro país... ¿Te das cuenta, Lou? Teníamos que recuperar los candelabros para cobrar los cincuenta mil dólares que nos prometió Jackson Poe.

—Tienes razón, Duke. Ahora estoy más tranquilo.

Duke empujó una puerta que produjo un campanilleo, En la puerta se leía: «Bret Groves. Antigüedades».

Los dos amigos bajaron varios peldaños y se encontraron en un cuchitril pobremente iluminado. Había cachivaches por todas partes, relojes de pared, sillas muy antiguas, bañeras de extrañas formas...

De la trastienda salió un hombre que portaba lentes de alta graduación, cabeza calva, nariz aguileña. Era lo más parecido a un cuervo disecado que había en un rincón, y miraba tan malévolamente como el pájaro.

Al ver a Duke y a Lou lanzó un graznido y movió los brazos

aleteando:

—¡No quiero nada de vosotros!

—¿Qué te pasa, Bret? ¿Ya no te acuerdas de tus viejos camaradas?

—Cada vez que mis viejos camaradas vienen a mi casa, la policía me cierra el establecimiento... ¡Fuera!

—¿Qué hay de lo que has ganado con nosotros?

—Sólo gané malos tratos.

—¿Y qué me dices del dinero?

—¡No quiero saber nada, Duke...! Si estáis aquí, significa que toda la policía de la ciudad os está buscando.

Duke miró a su compañero y sonrió:

—¿Has oído eso, Lou?

—Sí, seguro que Bret acaba de sufrir una pesadilla... Menos mal que llegamos a tiempo de despertarlo.

—La pesadilla empieza ahora —repuso Bret—. ¡Estoy seguro!

—Vamos, vamos, cálmate... Sólo queremos que, gracias a nosotros, te metas al bolsillo unos cuantos miles de dólares.

Bret Grove se quedó un momento callado, pero de pronto rió con estridencia:

—¿Ganar yo con vosotros unos miles de dólares...? ¿Qué es lo que traéis? ¿La peluca de Luis XVI...? ¿La salivadera de Napoleón...?

—Eres muy chistoso, Bret. Pero sólo te traemos unos candelabros.

—No quiero candelabros.

—¿Por qué no?

—Echa una mirada a tu alrededor y lo sabrás... Tengo candelabros de todas las edades y de todas las categorías... Esos que tenéis ahí, a la derecha, son los candelabros que alumbraron la última noche de Goethe.

—¿El jugador de *rugby*? —dijo Lou—. Yo le vi jugar contra los yankis. Qué tipo.

Bret hizo una mueca como si fuese a llorar.

—Duke, dile a Lou quién fue Goethe.

—El autor de Fausto.

—Demonios, yo he visto ese cuadro... Es bueno.

Bret chilló:

—¡No es un pintor!, ¡sino un dramaturgo, un escritor, un novelista...!

—Estábamos hablando de candelabros, Bret —le recordó Duke.

—Sí, y decía que lo que me sobran son candelabros... Tengo el que estaba en la mesilla de Napoleón mientras estuvo en Santa Elena... El que tenía la Pompadour en su dormitorio mientras recibía lo que recibía...

Duke puso el maletín en el mostrador, y lo abrió, extrayendo los candelabros que Jackson Poe había traído de Hong-Kong, pero Bret no dejaba de hablar.

—También tengo unos candelabros que valen más de cincuenta mil dólares... Pertenecieron al último zar...

Se interrumpió al ver los candelabros que Duke había puesto sobre el tablero. Sus ojos empezaron a agrandarse poco a poco y fueron cobrando un brillo más intenso.

Duke, cuando lo vio interesado, dio un suspiro y cogió un candelabro diciendo:

—Tienes razón, Bret. Son demasiados candelabros. Trataremos de venderlos en otra parte.

—Espera un momento, Duke...

—¿Qué pasa?

—¿De dónde sacaste esto?

—Es un recuerdo de familia...

—¡Bueno, si estáis en la mala, puedo ayudaros!

—¿De veras?

—Cinco mil dólares por cada uno.

Lou soltó una gran carcajada.

—Eh, Bret, esto tuvo grada... ¿Por qué no te ganas la vida en un circo? Esos candelabros valen un millón de dólares.

—¿Cuánto?

—Un millón.

—Duke, ¿has hecho ver a Lou por un siquiatra?

—Recomiéndale el tuyo.

—Muy gracioso, pero esto no vale un millón.

—Yo te lo diré de otra manera... Cada uno vale medio millón. Esas piedras son zafiros, esmeraldas, brillantes... Y todo de la mejor calidad, y para que te sirva de algo, estos candelabros tienen más de

dos mil años de existencia.

En aquel momento se produjo un campanileo.

Duke se revolvió rápidamente, pero no pudo ser más rápido que el hombre que acababa de entrar, y que tenía una pistola en la mano. Era Max, el novio de la hermosa Melissa.

—Ya os atrapé, muchachos —dijo.

Duke se arrepintió de no haberle roto el cráneo al guapo mozo, ya que por un par de veces lo había tenido a su disposición.

—Eh, Max, me alegro de que estés aquí.

—¿De veras?

—Mi amigo Bret Groves me acaba de decir que corrimos por nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que estos candelabros son una pura falsificación, ¿verdad, Bret?

El anticuario rió siniestramente, porque tenía muy pocas ganas, o porque no sabía.

Max se quedó un poco desconcertado.

—Apártate de los candelabros, Duke.

—¿Para qué?

—Para echarles un vistazo. Yo también soy un entendido.

—Pero no lo serás más que Bret.

—Alejaros hacia la derecha o me pongo a disparar.

Duke y Lou obedecieron.

Max se adelantó unos pasos hacia el mostrador deteniéndose ante los candelabros. Alargó la mano y tomó uno de ellos sin perder de vista a Duke y a Lou. Echó una mirada a las piedras y, cuando Duke fue a moverse, lo apuntó de nuevo.

—¿Quieres irte al otro mundo, tipo vivo?

—No, claro que no.

—Es donde te voy a mandar por tratar de engañarme.

—Te he dicho la verdad.

—Has dicho una gran mentira. Y a este pajarraco de anticuario le voy a meter en su nido. Los candelabros son genuinos y valen una fortuna. Corrígeme si me equívoco anticuario.

Max acompañó sus palabras con un movimiento de pistola. De esa forma, el cañón apuntó a la cara de Bret Groves.

El anticuario lanzó un grito:

—¡No dispare!

—Le estoy pidiendo un informe auténtico acerca de los candelabros.

—¡Son verdaderos!

—Continúe... Me gustaría mucho conocer su valor.

—Yo podría sacar hasta medio millón.

—No me gusta esa cantidad, ni me importa lo que usted pueda dar. Quiero saber el valor que alcanzaría entre hombres honrados, pero no se considere entre ellos, Bret. ¿Hablo bien, o se lo grabo en la frente a balazo limpio?

—Le daré un informe completo.

—Así me gusta.

—Se puede sacar un millón o un poco más.

—Vaya, eso está un poco mejor... ¿Lo daría usted?

—Claro.

—¿Ahora?

—Necesitaría un par de horas.

—Muy bien, Bret. Se va a tomar dos horas, pero yo estaré con usted en todo momento.

—Nosotros también estaremos —dijo Duke.

—No, Duke. Tú y tu amigo, el elefante, estáis de sobra ya.

Duke sacudió la cabeza.

—Está bien. Tú ganaste, Max. Lou y yo nos retiramos del caso... Vámonos, Lou.

—Os vais a ir, pero no va a ser a la calle...

Lou preguntó:

—¿Qué quieres decir, Max?

—Que vais a ir derechos al cementerio.

—Bueno, si tienes el capricho, nos iremos andando.

—No, muchachos. No iréis por vuestro propio pie.

—Eh, no puedes matarnos.

—¿Quién dice que no?

—Ya has oído a Duke. Renunciamos a los candelabros. Los dos son para ti.

Max hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No me la volveréis a pegar... Vosotros sois dos muchachos muy tozudos. Nunca me dejaréis en paz. Siempre vendríais detrás de mí, para recuperar los candelabros o el dinero... No, muchachos,

no puedo dejaros vivos. Vosotros me habéis obligado a apretar el gatillo.

—Un momento —dijo Duke.

—Se acabaron los momentos. Ya os oí todo lo que tenéis que decir.

—Te equívocas, Max. Palta algo.

—¿Qué cosa?

—El teniente Hunter sabe que vas detrás de los candelabros. Si nosotros morimos, sólo tendrá que buscarte.

—Gracias por el informe. El teniente Hunter no me atraparé nunca. Voy a desaparecer del país.

—Pero no desaparecerás de la tierra. ¿O piensas ser el primer hombre que llegue a la luna?

—No, Duke. Prefiero la tierra. Es muy linda, sobre todo, cuando uno tiene dinero en grande para gastar, y es también lo que se necesita para estar bien lejos de la policía... Moveros hacia la trastienda. Rápido o dispara.

Duke y Lou se movieron hacia la trastienda, vigilados estrechamente por Max Simons.

Lou trató de volverse, pero Duke se lo impidió cogiéndolo del brazo porque sabía que Max tenía el dedo en el gatillo.

—Eh, Duke no podemos dejar que nos mate como ovejas —protestó Lou.

—Max lo pensará mejor y no disparará... —dijo Martin con muy poca convicción.

Max Simons soltó una risita.

En aquel instante se produjo aquel campanilleo. Un hombre entró en el negocio de antigüedades manejando un objeto que no era ninguna antigüedad, una metralleta que, probablemente, había sido fabricada tan sólo unos meses antes.

Duke estaba en mejor posición para ver el arma y empujó a Lou hacia el interior de la trastienda, saltando él a continuación.

Lo hizo muy a tiempo porque el individuo envió una ráfaga de plomo.

Duke gritó:

—¡Por la puerta trasera...!

Vio aparecer a un tipo dando vueltas por el suelo.

Era Bret Groves, el cual chillaba como un ratón.

Lou se había puesto en pie y galopaba hacia la puerta que conducía a un callejón.

Max fue detrás y Bret no perdió tampoco el tiempo.

Salieron de la casa y Bret se arrojó tras de unos cajones de desperdicios.

Lou iba a seguir corriendo, pero Martin lo detuvo.

—Hemos de quedarnos aquí, Lou. No podemos enfrentarnos con ese fulano.

Bret lloriqueaba.

—Ya decía yo que esto acabaría así... ¡Lo supe en cuanto os vi llegar...! ¿Por qué te acordaste de mí, Duke? ¿Por qué...?

—Sólo queríamos que ganases un poco de dinero...

—¡Renunciaré al dinero y renunciaré a las antigüedades si me traéis otra cosa!

Duke se movió hacia la puerta por donde habían salido y estuvo atento durante unos segundos.

—Creo que se ha ido.

Entró en la casa y Lou lo siguió.

Llegaron al local del negocio y, efectivamente, el hombre de la metralleta ya no estaba allí.

—Eh, Duke, mira lo que hizo con Max.

El novio de Melissa estaba tendido en el suelo, y, a la primera impresión, uno podía darse cuenta de que estaba partido por la mitad.

En el mostrador ya no estaban los dos candelabros.

Lou Bates gimió:

—Después de todo lo que pasamos, ahora resulta que nos quedamos sin cobrar... Ya te lo advertí, Duke... ¡Siempre acabamos en la ruina...!

CAPÍTULO XV

Martin apretó el timbre de una casa de la Novena Avenida, mientras Lou rezongaba:

—¿Qué venimos a hacer aquí, Duke?

—Con un poco de suerte, podríamos cenar. Todo dependerá de Samuel Whitman.

—¿Es aquí donde vive el naviero?

—Sí, Lou.

—Demonios, qué choza... Se ve que es un pez gordo...

En aquel momento, abrió la puerta un criado que parecía salido de una novela de Dickens. Era patilludo, con un mechón de pelo sobre el cráneo, los ojos hundidos en las cuencas.

—¿Qué desean? —preguntó con voz de moribundo.

—Sólo queremos hablar con el señor Whitman.

—Lo siento, pero no puede recibirles.

Duke sacó un billete de a cinco dólares y se lo puso en la mano diciendo:

—Diviértase mañana viendo una película de terror.

El criado hizo un gesto de pesar.

—Tengo que devolverle los cinco dólares... El señor Whitman está celebrando una fiesta. Ustedes no fueron invitados...

Duke sacó otro billete de a cinco dólares que agregó al primero.

—El señor Whitman y yo nos conocemos. ¿Qué dice ahora de nuestras invitaciones?

El criado miró los billetes y los guardó en el bolsillo.

—Pueden entrar, pero si el señor Whitman no está conforme, diré que ustedes se hicieron pasar por sus primos.

—Trato hecho.

Entraron en la casa, y Lou quedó admirado al ver la riqueza que

se veía por los alrededores. Arañas de cristal, cuadros en las paredes, alfombras en donde los pies se hundían no menos de cinco pulgadas, y mujeres hermosas con escotados vestidos de noche, aunque también había hombres.

—¡Demonios, Duke! —exclamó Lou—. ¡Hay que aprovecharse...!

Fueron e un salón de la derecha en donde había largas mesas con muchas viandas.

—Dios mío —exclamó Lon—. Aquí hay de todo...

Apartó a un tipo de un empujón, pero el fulano no se dio cuenta porque estaba borracho, y se puso a coger bocadillos a dos manos.

Duke tomó uno de jamón, y ya lo llevaba & los

dientes cuando oyó una voz a su espalda:

—¿Qué tal les fue por ahí, Duke?

Era la bonita Terry Carter.

Duke se quedó como una estatua observándola, porque la chica tenía mucho que observar, ya que se cubría con un vestido al que faltaban muchos trozos de tela.

—Terry, deberían prohibirte que andases por ahí así o provocarás muchos ataques al corazón.

—¿Y cómo está el tuyo?

—A punto de pararse.

La joven sonrió halagada y Duke preguntó:

—¿Qué se celebra, Terry?

—¿No lo sabéis?

—Lou y yo nos colamos. —Duke señaló a Lou, el cual emitió un gruñido a manera de saludo, ya que no podía hacer otra cosa porque tenía la boca llena.

Terry contestó:

—El señor Whitman ofrece esta fiesta a sus compradores.

—¿Qué compradores?

—Los que se van a quedar con su naviera.

—De modo que vende el negocio...

—Sí, a unos competidores de Norforlk.

—¿Y cuándo decidió eso?

—Yo me enteré ayer... ¿Cómo está el primo del señor Poe?

—Ha empeorado.

—¿Logró lo que deseaba?

—No, Terry, todavía no... Jackson Poe cayó en manos de la policía, lo mismo que su mujer.

La joven parpadeó.

—Pero ¿qué es lo que pasa, Duke?

Martin iba a contestar, pero se interrumpió porque acababa de descubrir a Melissa Lane.

—Perdóname, Terry. Tengo que hacer.

Terry siguió los ojos de Duke e hizo un mohín.

—Conque ella es la mujer de tus sueños...

—No, Terry. Es un tipo de mujer que no me va.

Sin embargo, Duke no hablaba ahora con sinceridad, ya que Melissa, aunque era otra clase de belleza, resultaba sumamente atractiva porque había elegido el vestido de noche que mejor le iba a su tipo y, sobre todo, a su piel. Mostraba mucha espalda, como tres dedos más abajo de la cintura, una espalda que habría hecho empalidecer a Kim Novack.

—Vete con ella, pero no te acerques más a mí —dijo Terry.

—Muchacha, volveré contigo y va a ser muy pronto. Te lo prometo... Lou, no permitas que nadie se acerque a Terry mientras yo ventilo un negocio.

Lou soltó otro gruñido de asentimiento, y ya iba por el sexto bocadillo.

Duke se acercó a Melissa. Ésta no le había descubierto todavía porque conversaba con un vejete de sesenta años.

—Señor Sinclair —decía ella—, celebro mucho que sea usted el propietario de la naviera...

—Y yo celebro mucho más que usted forme parte del equipo —el vejete miró intencionadamente el escote de Melissa mientras pronunciaba su última palabra.

—Hola, Melissa —dijo Duke.

La joven tenía una copa en la mano y dio un respingo, con tan mala fortuna que arrojó un buen chorreón de champaña sobre la cara del viejo.

—Oh, perdón, señor Sinclair...

Duke dio dos palmadas en la espalda del naviero de Norfolk.

—Abuelo, eso le pasa por no quedarse en casa durante estas duras noches de invierno.

El señor Sinclair abrió los ojos y también abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

—Perdone, señorita Lane. He de ir al lavabo...

El naviero dio media vuelta y se alejó a saltitos.

El bonito rostro de Melissa se contrajo por la ira.

—¿Qué clase de salvaje eres, Duke?

—Para salvaje tu novio, preciosa.

—Max te atacó en mi apartamento porque tenía motivos.

—Oh, sí, claro... Los candelabros.

—¿Qué candelabros?

—No te hagas de nuevas, dulzura. Tú y él estabais dispuestos a quedaros con los candelabros, pero Max ya ha dejado de sufrir.

—¿Cuál es el significado de tus palabras?

—El peor.

—¿Quieres decir que está... muerto?

—No puedo decir de la cabeza a los pies porque lo partieron por la mitad.

—¡No!

—Sí.

La joven se tambaleó y Duke le pasó una mano por la cintura y sólo tocó carne.

—Valor, muchacha, valor.

—Suéltame o me pongo a gritar.

—¿Por qué, cuando estás en tan buena compañía?

Melissa titubeó unos instantes y al fin preguntó:

—¿Quién tiene los candelabros?

—Yo.

Los ojos de Melissa cobraron un súbito interés, y sus labios esbozaron una suave sonrisa.

—Enséñamelos, Duke.

—No es el mejor momento, querida... ¿Dónde está ahora tu jefe?

—Está hablando con el socio del señor Sinclair. Se llama Nelson Patten...

En aquel momento Duke descubrió a una persona que ya conocía, a la vieja que había tratado de apoderarse de los candelabros en la estación de autobuses.

Pero ahora su aspecto era el de una persona honorable, correcta.

Estaba saludando a unos invitados. Se cubría con un vestido negro y exhibía en el cuello un collar con mucha pedrería.

—¿Quién es ella, Melissa?

—La madre del señor Whitman...

—Disculpa, quiero saludarla.

La vieja se había quedado sola. Duke llegó ante ella y dijo:

—¿Ya engrasó la pistola, señora Whitman?

La vieja miró a Duke con ojos malignos.

—¿Qué hace usted aquí, señor Martin?

—Vine a por los candelabros.

—Está loco.

—No, no lo estoy, y se lo probaré muy pronto.

—Señor Martin, estoy dispuesta a ser benévola con usted.

—Cuánta amabilidad...

—Le daré unos cuantos miles, si usted y su amigo, ese hombre de las cavernas, se largan de aquí.

—¿Cómo cuánto está dispuesta a pagar, señora Whitman?

—Diez mil.

—Es poco dinero teniendo en cuenta el valor de los candelabros.

—Le voy a decir algo que debe asustarle, señor Martín.

—Ya me están temblando las piernas.

—Si no marcha ahora mismo, avisaré a la policía... Estoy segura de que ellos le buscan con mucho interés, señor Martin.

—Tengo buenos amigos entre los policías... Por ejemplo, el teniente Hunter y el sargento Flagg. Somos; uña y carne... Y ellos van a sentir un gran interés por usted cuando la identifique ante ellos como la anciana de la estación de autobuses.

—Es usted estúpido, señor Martin. Dije —en la estación de autobuses que dos hombres me habían agredido.

—¿Y por qué la íbamos a agredir Jackson y yo?

—No quiero seguir hablando con usted, señor Martin.

Este asunto se puede arreglar fácilmente y todos ganaremos.

—Sí, pero usted va a ganar mucho más. —Sólo tiene que restar diez mil dólares de un millón y habrá hecho el gran negocio de su vida...

—Está bien, Martin. Le pagaré cincuenta mil, pero no me pida un centavo más.

Duke se rascó una patilla.

—De acuerdo.

—Me alegro mucho de que acepte mi oferta.

—Y yo también.

—Venga conmigo.

Duke miró hacia la mesa, donde había dejado a Terry, pero sólo la vio a ella en compañía de un hombre que la estaba galanteando. Lou ya no estaba allí, pero probablemente se había ido a otra mesa en busca de más comida, porque, en la que había operado, los platos y las fuentes aparecían vacíos.

Siguió a la señora Whitman y salieron del salón.

Fueron hacia la derecha y la señora Whitman abrió una puerta invitándole a entrar.

—De ninguna manera. Usted primero, señora Whitman.

Entró la señora Whitman y a continuación lo hizo Duke Martin.

Samuel Whitman estaba sentado tras una mesa, pero con él no había nadie. Fumaba un largo cigarro y no se inmutó al ver a Duke.

—Bienvenido, señor Martin.

—¿Qué tal le va, ladrón?

—No me puedo quejar. Mi naviera iba de mal en peor, pero he conseguido un buen precio por su venta, y tengo lo que deseaba. Los candelabros que me van a proporcionar el dinero necesario para vivir como un rey.

La señora Whitman dijo:

—El señor Martin mordió el trozo de queso. Le traje aquí diciéndole que le iba a dar cincuenta mil dólares...

—El señor Martin va a recibir lo que tanto tiempo ha andado buscando —dijo Samuel Whitman, e hizo chascar los dedos.

Se abrió una puerta y entró el hombre de la metralleta, el que había rociado con plomo a Max en el negocio de antigüedades de Bret Grove.

—Señor Martin —dijo Samuel Whitman—. Le presento a Stephen Mulford.

—Ya conozco a su asesino.

—Oh, sí. Es cierto.

Duke puso los brazos en jarras y rió.

—Señor Whitman, tiene usted muy poca experiencia como jefe de gong. Está perdido.

—¿Por qué dice eso?

—De un momento a otro, mi amigo Lou se presentará aquí con la policía. Fue a buscarla.

El asesino Stephen Mulford hizo un gesto hacia el hueco por donde había aparecido.

Duke oyó pasos y en la estancia entró Lou.

Duke se pasó una mano por la cara en un gesto de desconsuelo.

Lou gimió:

—Lo siento, Duke... Me dijeron que el pastel de manzana estaba en la cocina y, cuando me puse en camino, este tipo de la herramienta me amenazó...

CAPÍTULO XVI

El hombre de la metralleta levantó el arma. Tenía muchas ganas de apretar su instrumento de muerte.

—Ande; empiece a disparar —dijo Duke—. ¿Ha pensado ya en lo que le va a decir a sus invitados, señor Whitman?

—Un momento, Stephen. No hace falta que te des tanta prisa.

Samuel Whitman abrió un cajón de la mesa y extrajo un candelabro y luego otro. Puso los dos encima a la vista de todos.

—Qué hermosos son... —dijo.

—Señor Whitman —habló Duke—. ¿Se da cuenta de que ha hecho correr un río de sangre para apoderarse de lo que no es suyo?

—Kelton, el capitán del «Rosa de Louisiana», me puso al corriente, y desde entonces me dije que estos candelabros tenían que ser míos, aunque tuviese que pasar por una docena de cadáveres...

—Bueno, si tiene un poco de paciencia, llegará a la docena.

—Muy chistoso, señor Martin... Pero cuando ustedes queden fuera de la circulación, habrán terminado mis problemas.

—Yo no lo creo así.

—Me importa un rábano que lo crea o no. Stephen, llévatelos al sótano y dales allí la ración.

—Ya comí demasiado —dijo Lou—. No quiero el postre.

—Usted tiene muy poca gracia, elefante —repuso Samuel Whitman.

Se abrió la puerta de la izquierda y apareció Melissa Lane.

Duke vio que Stephen movía la metralleta hacia Melissa y saltó sobre él.

Logró desviar el arma cuando apretaba el gatillo.

La ráfaga de plomo picoteó en la pared, pero un buen montón de

balas se llevó por delante la cabeza de Samuel Whitman.

La vieja lanzó un aullido.

Duke y Mulford cayeron en el suelo, pero el primero conservó su ventaja y pegó un puñetazo ente los ojos del asesino, dejándolo sin conocimiento.

—¡Cuidado con Melissa, Lou!

Lou ya estaba corriendo hacia la pelirroja, que al oír la primera ráfaga se había quedado paralizada. Ahora recuperó el movimiento y trató de sacar la pistola del bolso, pero Lou cayó encima de ella y bastó con su peso para que Melissa también quedase sin sentido.

La vieja señora Whitman estaba de rodillas encima de la alfombra, ante lo que le quedaba de hijo.

Lou exclamó triunfante:

—¡Ya tenemos los candelabros, Duke...! ¡Son nuestros!

Se dirigió hacia la mesa para apoderarse de las dos joyas chinas, y en ese momento el sargento Flagg dijo:

—Quieto todo el mundo.

Detrás del sargento Flagg apareció el teniente Hunter, quien al ver cómo estaba el cuarto, dijo:

—Duke, usted se equivocó de profesión. Debió ser enterrador...

* * *

—Ya acabó el safari que se organizó para cazar a Jackson —dijo Lou.

Jackson sonrió a los dos amigos. Tenía enlazada por la cintura a su mujer, Nellie.

—El teniente Hunter me ha asegurado que los candelabros son míos. Bueno, tendré que pagar un alto precio por haberlos introducido en los Estados Unidos, pero siempre quedará un pico... Pienso indemnizar a mi primo Patrick por sus huesos rotos...

—¡Eh! —dijo Lou—. ¿Cuánto nos dará a nosotros?

—Lo que dije, cincuenta mil dólares.

Terry Carter se colgó del brazo de Duke y sugirió:

—¿Qué te parece si lo celebramos, Duke?

—Eso está hecho.

Duke y Terry Carter salieron de la comisaría de policía y Jackson Poe y su esposa fueron detrás.

Lou se quedó solo.

El sargento Flagg le gritó desde su escritorio:

—¿Qué haces ahí, Lou, maldita sea? ¡Lárgate si no quieres que te encierre...!

Lou hinchó los pulmones de aire y dijo:

—Hasta pronto, sargento. Ya sabe, si necesita que le echemos una mano, nos tiene a su disposición...

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó el sargento Flagg al mismo tiempo que aporreaba la mesa.

Lou se dirigió al operador que estaba ante el cuadro telefónico:

—Ande, muchacho, avise ya a los loqueros.

El operador, hecho un lío, puso la clavija correspondiente y dijo:

—¡Hospital Mental del Estado...! ¡Urgente...!

El sargento Flagg, al oír aquello, escondió la cara entre las manos y se puso a llorar como un niño.

Entonces, Lou Bates salió muy dignamente de la comisaría y se fue a comer.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).